Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

La REVANCHA de ZAMOK

por el PROFESOR HASLEY.

José Luis


Profesor HASLEY
LA REVANCHA DE ZAMOK
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V.-95-1958

PRINTED IN SPAIN

IMP. ANTARTICA - VALENCIANA



CAPÍTULO PRIMERO

En lo más hondo de la conciencia de Jesse comenzó a brillar una luz en la que parecía quedar suspendida la frágil trama de su existencia.

Un deslumbrador torbellino iba adueñándose de su conocimiento y hacía girar en su vorágine una rápida sucesión de confusas ideas, las cuales se mezclaban precipitadamente, desdibujando el preciso perfil de las cosas.

A Jesse le parecía estar sumergido en un angustioso océano del que era preciso salir costase lo que costase, pero una oscura fuerza tiraba de él hacia las profundidades de un misterioso río de sombra, paralizando sus movimientos y haciendo inútil su desesperado intento.

No conseguía coordinar las ideas ni encontraba el camino para salir de aquel estado caótico; sin embargo, tenía la convicción de que existía un camino que habría de conducirle hacia la luz lejana que giraba sobre su cabeza, un camino que le permitiría recuperar su voluntad y ordenar a sus

miembros los movimientos necesarios.

A sus oídos parecía llegar un lejano rumor de voces, de palabras que no conseguía entender, pero de las que estaba seguro que significaban un mensaje de aliento.

Las sensaciones que experimentaba eran contradictorias y terribles. A veces creía estar encerrado en uno de aquellos malditos círculos luminosos de los cuales era imposible escapar. En otras ocasiones se imaginaba estar viendo un rostro de mujer de negrísimo pelo, o vibraba en su mente el agudo sonido de una interminable nota sonora.

Quería luchar contra todo aquello; alcanzar la luz temblorosa y apartar de su lado las sombras que lo paralizaban, pero no sabía qué hacer para conseguirlo.

Su voluntad se debatía furiosamente contra aquella impotencia y realizaba un sobrehumano esfuerzo por no sumirse de nuevo en el océano de sombras que intentaba sepultarlo.

Largamente se debatió en tan angustiosa lucha hasta que, al fin, consiguió abrir los ojos.

El torbellino de luz que había perseguido en su sueño se fue reduciendo hasta concretarse en la blanca lámpara de su habitación.

Al principio quedó aturdido durante algún tiempo. Cerró los ojos y respiró fatigosamente.

Una voz exclamó a su lado:

—¡Ha recobrado el conocimiento! ¡Llamen al doctor Jennings!

Oyó unos pasos precipitados y luego el abrir y cerrar de una puerta.

Aunque aún no sabía donde se encontraba ni qué era lo que le había sucedido, algunas cosas comenzaban a estar claras para él: había estado sin conocimiento hasta aquellos instantes y alguien, a su lado, acababa de observar su vuelta a la consciencia.

Unas delicadas manos lo aprisionaron por la muñeca y se percató de que le estaban tomando el pulso. Luego volvió a escuchar el ruido de la puerta y sintió sobre su rostro el cálido aliento de alguien que se inclinaba sobre él.

—¡Señor Carnot! ¡Señor Carnot!

Jesse hubiera querido contestar al llamamiento que se le hacía, pero sus fuerzas aún no eran suficientes para articular ninguna palabra.

—¡Haga un esfuerzo, señor Carnot! —continuó la voz—. ¡No se deje arrastrar por el sueño! ¡Haga un esfuerzo!

Ha abierto los ojos durante un breve segundo, doctor Jennings —dijo la voz primera que oyó Jesse,

—Si no consigue salir ahora de ese marasmo ya no saldrá jamás de él —comentó el doctor Jennings—. Si este hombre no recupera la voluntad de vivir, todo se habrá perdido.

—¿Quiere que le inyectemos...?

El doctor Jennings cortó la palabra a su ayudante.

—Nosotros no podemos hacer nada más por él. Su estado de debilidad es tal que no resistiría la menor prueba. Cualquier excitante que le inyectásemos podría acabar con su vida. Ha de ser un esfuerzo de su voluntad el que le permita recuperarse.

Aunque Jesse se encontraba terriblemente postrado no había perdido ni una sola palabra de aquel dramático diálogo.

Los párpados le pesaban como si fuesen de plomo y un sueño invencible le atenazaba. Sin embargo estaba convencido de que tenía que luchar contra el invencible deseo de dormir, si no quería no despertar jamás.

—¡Señor Carnot! ¡Señor Carnot! —volvió a decir la voz del doctor Jennings.

Jesse volvió a realizar un poderoso esfuerzo de voluntad y consiguió abrir nuevamente los ojos.

—¡Gracias a Dios que lo ha conseguido! —exclamó alguien.

Jesse paseó una mirada a su alrededor y pudo reconocer la situación. Se encontraba en una cama y a su lado distinguió la borrosa silueta de tres seres que se inclinaban anhelantes sobre él. La habitación en que se encontraba estaba pintada de blanco y tenía trazas de pertenecer a un hospital.

Lentamente se fue recuperando y las cosas empezaron a tener unos perfiles más concretos.

—Procure mantenerse despierto durante unos minutos —recomendó el doctor—. Luego podrá coger un sueño normal.

Jesse se sintió incapaz de pronunciar una sola palabra, pero comprendió que era importante seguir la recomendación del médico.

—Ha atravesado usted por un fuerte «shock» psíquico y es preciso que se adueñe de sus facultades.

Jesse movió los ojos en un signo de asentimiento y esbozó una ligera sonrisa, dando a entender que se hacía cargo de la situación.

—¡Magnífico! —exclamó el doctor—. Ahora ya no será difícil su completa recuperación.

—¿Le inyectamos ahora la cafeína? —preguntó uno de los ayudantes.

—Ahora es el momento indicado. Ya se ha conseguido la conexión cerebral y surtirá los efectos que deseamos.

El ayudante estuvo manipulando durante unos segundos en el instrumental que había depositado sobre una pequeña mesa y poco después se aproximaba al paciente, llevando en sus manos una jeringuilla hipodérmica.

El otro auxiliar del doctor Jennings cogió uno de los brazos de Jesse y

lo desnudó hasta la altura del hombro.

Cuando Jesse dirigió su mirada hacia el desnudo miembro no pudo por menos que reflejar en su mirada una profunda sorpresa. Estaba terriblemente delgado y las azules venas se dibujaban perfectamente bajo su piel transparente.

No se le escapó aquella reacción al doctor Jennings, el cual se dirigió a Jesse en tono cariñoso.

—Sí, amigo mío. Se encuentra usted en el límite de sus posibilidades humanas. Ya no le quedan reservas y es casi un milagro que hayamos conseguido rescatarlo a la muerte.

El ayudante clavó la aguja de la jeringuilla y Jesse casi no se dio cuenta.

—Esto le ayudará a despejarse por completo durante algún tiempo —dijo el doctor—. Luego podrá conciliar un sueño tranquilo, del que saldrá muy recuperado.

Los efectos de la inyección fueron casi instantáneos. Jesse comenzó a notar que iba adquiriendo una mayor lucidez mental y sus músculos recuperaron el tono necesario. Esto le permitió hacer algunos movimientos y algo más tarde pronunciar algunas palabras.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con débil voz.

—No se esfuerce usted ahora —ordenó el doctor Jennings—. Su recuperación es sólo aparente y debida a los efectos de la cafeína, pero no olvide que está totalmente agotado.

Jesse no dijo nada más, pero era tan suplicante su mirada que el doctor se vio precisado a darle alguna información.

—Los encontramos a ustedes sumidos en un extraño delirio. En realidad no fuimos nosotros, pues la cosa sucedió muy lejos de estas tierras.

—¿Zamok? —preguntó Jesse débilmente.

Jennings y sus ayudantes cruzaron una mirada de inteligencia y el primero tomó la palabra nuevamente.

—El lugar no hace al caso en este momento. Desde allí los trajeron aquí, a los Estados Unidos, y después de algún tiempo de estancia en un... sanatorio, fueron traídos a esta clínica. Al principio no fue muy fácil reconocer en usted al famoso abogado Jesse Carnot. Fue la doctora Holm quien reconoció la fotografía que de usted y su ayudante se publicó en la prensa, con objeto de identificarles.

—¿Se encuentra Lucille aquí?

—No, pero no tardará en venir, pues le hemos mandado aviso. Ha estado junto a usted durante la mayor parte del tiempo.

—¿Y Sandy? ¿Está...?

—Aún está vivo, si es eso lo que quiere preguntarme. Se encuentra a su lado.

Al pronunciar estas palabras, el doctor Jennings hizo un signo con la cabeza y sus dos ayudantes se apartaron a un lado, dejando libre a Jesse la visión del resto de la estancia.

—Les hemos tenido juntos desde los primeros momentos porque el caso de ambos presentaba las mismas extrañas características.

Sandy se encontraba metido en una especie de bañera y todo su cuerpo, excepto la cabeza, se hallaba recubierto por una gran cantidad de hielo.

—Con su ayudante no hemos podido proceder de igual manera que con usted, señor Carnot. Ha tenido un extraño y violento ataque febril y su corazón ha comenzado a dar síntomas de no poder resistir la violencia de la reacción. En vista de ello, nos hemos visto obligados a someterlo a lo que nosotros llamamos «Hibernación». De este modo conseguimos mantener su organismo a una muy baja temperatura y evitamos que el corazón sufra un colapso. Mientras tanto investigamos los motivos de ese ataque de fiebre.

Jesse comprendió perfectamente la explicación del doctor pero no hizo el menor comentario. Se sentía muy débil y el esfuerzo realizado para mantener el breve diálogo lo había agotado casi por completo.

—No se esfuerce usted más —dijo el doctor—. Lo más importante es que duerma y cuando vuelva a despertar intentaremos que coma algo. Hace dos meses y medio que lo hemos alimentado por medio de una sonda.

Las últimas palabras del doctor impresionaron a Jesse vivamente: ¡había estado dos meses en estado inconsciente! Dos meses y medio en los cuales su organismo había estado luchando entre la vida y la muerte.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo había llegado a encontrarse en semejante estado?

Vagamente recordaba sus pasadas aventuras, las cuales tenían más bien un matiz de pesadilla que de realidad. Recordaba el extraño planeta llamado Zamok; los diabólicos hombres que los hicieron prisioneros; la fuga bajo la dirección de Sadom y su desesperada lucha en la estrecha cordillera[1].

Todos aquellos recuerdos iban tejiendo en su mente la historia de la aventura fantástica que había vivido en compañía de Sandy. Recordaba el viaje de vuelta a la Tierra, a bordo de la maravillosa nave interplanetaria que tripulaban los hombres de Torca y que obedecían las órdenes de una hermosa mujer. El momento en que les inyectaban una extraña sustancia. Luego no podía recordar nada más. Si acaso tenía una vaga sensación de haber luchado nebulosamente contra la muerte que le acechaba entre los pliegues de su inconsciencia.

—Su caso llegó a parecemos desesperado —continuó el doctor Jennings—. Después de algunos días de delirio, en los que no hacían más que hablar de mil extrañas cosas, tanto usted como su ayudante cayeron en este extraño sopor en el que han permanecido durante muchas semanas.

¡Jamás he visto dos hombres que presentasen unos síntomas de mayor depauperación!

Jesse dirigió una mirada a sus delgadas y blanquísimas manos y movió levemente la cabeza, dando a entender que comprendía lo que le decía el médico. Luego dirigió sus ojos hacia Sandy y el doctor se apresuró a explicarle:

—El caso de sus dolencias es sustancialmente el mismo que el de su amigo, sólo que a él se le ha complicado con una reacción de fiebre nerviosa. Creo que ya estará en condiciones de que le saquemos de su lecho de hielo, al objeto de intentar hacerle recuperar el conocimiento. Ambos han sufrido una desconexión cerebral cuyas causas nos son desconocidas. Usted ya puede considerarse a salvo. El caso de su ayudante es algo más difícil.

—El exceso de velocidad —murmuró Jesse—. El avión interplanetario...

Jesse no pudo continuar y el doctor lo miró con extrañeza.

—No se preocupe de explicarse ahora —dijo—. Cuando esté más restablecido tendremos ocasión de hablar de esas horribles pesadillas que le atormentan.

Jesse hubiera querido decir algo respecto al particular pero no tenía fuerzas para ello. El doctor tenía razón: ya hablarían más adelante, cuando se sintiese con fuerzas para ello.

—Ahora ya no hay ningún peligro en que se duerma —aseguró Jennings—. La balanza entre lo consciente y lo inconsciente se ha equilibrado y volverá a despertar en cuanto haya descansado unas cuantas horas.

Jesse cerró los ojos y se dejó arrastrar por el sopor que se iba adueñando de su ser.

Al principio volvieron a asaltarle la mente mil horribles pesadillas, pero luego fue haciéndose más normal el sueño y, por último, se hundió en un sueño tranquilo y reparador del que no saldría hasta pasadas muchas horas.

CAPÍTULO II

Cuando Jesse volvió a abrir los ojos se encontró frente a una maravillosa visión, que borraba por completo con su presencia los siniestros perfiles de sus pesadillas. Unos inconfundibles ojos azules, llenos de lágrimas, habían posado su amorosa mirada sobre el enfermo.

—¡Lucille! —exclamó Jesse con tenue voz.

La hermosa mujer no pudo contestar ni una sola palabra, pero inclinó su cabeza sobre Jesse y lo besó apasionadamente.

—¡Querida! Casi me parece un sueño tenerte de nuevo junto a mí.

Lucille consiguió reprimir el sollozo que pugnaba por escaparse de su garganta y pudo, por fin, articular algunas palabras.

—¡Dios sea bendito por haberte traído de nuevo mi lado, Jesse!

Los dos seres se miraron intensamente a los ojos y en aquella muda mirada expresaron el intenso sentimiento que hacía vibrar sus corazones.

Pasado aquel momento de indecible ternura, Jesse volvió a recuperar el hilo de sus preocupaciones.

—¿Y Sandy?

El doctor Jennings, que había estado observando conmovido la escena, tomó la palabra:

—También tengo buenas noticias para usted en lo que respecta a su ayudante y amigo. Por fin hemos conseguido que recobre el conocimiento. La fiebre nerviosa que ponía en peligro su vida ha remitido y comienza a recuperarse.

Aquella noticia llenó de aliento a Jesse, el cual, por otra parte, observaba que sus fuerzas iban renaciendo a ritmo acelerado.

—Ha dormido usted setenta horas de un tirón —explicó el doctor Jennings, haciendo asomar a sus labios una sonrisa de satisfacción.

—¿Cree que ha pasado el momento de mayor peligro? —preguntó Jesse.

—No solamente eso, amigo Carnot, sino que está usted completamente a salvo. Su problema actual consiste en recuperarse, pero estoy convencido de que tendrá usted quien le cuide —sonrió.

Jesse alargó su mano sobre el embozo de la cama y aprisionó cariñosamente la de Lucille.

—El doctor y yo —dijo Lucille— hemos convenido en que lo mejor será que te traslades a tu casa. Si te encuentras con ánimos dispondremos una ambulancia y te llevaremos allí. En tu finca dispones de todas las comodidades necesarias para hacer una cura de reposo.

—Su amigo Sandy también podrá ser trasladado mañana. Lo único que siento es que su residencia habitual se halla en una región demasiado

húmeda...

Jesse interrumpió al doctor con un gesto de su mano.

—Sandy se quedará conmigo. No tiene padres y nos tratamos como dos hermanos.

—Eso resuelve la papeleta a entera satisfacción mía —sonrió el doctor —. La doctora Holm me ha expuesto las condiciones que reúne su residencia y me parecen muy apropiadas para iniciar el restablecimiento de ustedes.

Las cosas se decidieron tal como habían sido propuestas y dos días más tarde se encontraban Jesse y Sandy instalados en la residencia del primero. El amplio jardín que rodeaba la vivienda, la atención de la servidumbre y los solícitos cuidados de Lucille comenzaron a surtir los efectos apetecidos.

En diversas ocasiones intentó Jesse entablar diálogo con Lucille sobre las fantásticas e inenarrables aventuras que había vivido en Zamok, pero cuantas veces intentaba abordar el tema encontró una suave pero firme oposición por parte de su amada.

Al anochecer del octavo día se encontraba tumbado en un sillón extensible, bajo los rumorosos árboles de su jardín, cuando vio que Lucille se acercaba.

Había estado meditando largamente sobre el asunto que le preocupaba y se dispuso a abordar el tema decididamente.

Sus experiencias pasadas concernían a la Humanidad entera y era preciso de todo punto poner en conocimiento de las autoridades cuanto sabía.

Las primeras estrellas habían aparecido en la bóveda celeste y hacia ellas estuvo dirigiendo su mirada, como si pretendiera desentrañar el profundo misterio que palpitaba en los espacios siderales.

Allí, muy lejos, se encontraban Zamok y Torca, los dos planetas desconocidos por los terrestres y cuya presencia en el espacio sólo era conocida por Sandy y por él mismo.

¿Se decidirían los hombres de Zamok a llevar a cabo sus designios?

Los materiales que necesitaban los hombres de Zamok para atacar a Torca sólo podía proporcionarlos la Tierra y no cejarían hasta conseguirlos.

Estaba plenamente convencido de que era necesario tomar las más urgentes medidas para prevenirse contra un posible ataque de aquella poderosa colectividad del espacio. Los adelantos de la Tierra no eran nada comparados con los del planeta Zamok, pero aun así, era preciso disponerse a hacerles frente.

La voz de Lucille cortó el hilo de los tenebrosos pensamientos del hombre.

—Quería haber venido más pronto, querido, pero hoy llegaba mi padre de la Conferencia de Estocolmo y he tenido que salir a recibirle. Dentro de

unos minutos vendrá a verte.

—Me alegra que podamos disponer de unos minutos de soledad, Lucille. Es preciso que hablemos de una vez de mi aventura. Creo que debemos informar a las autoridades...

Lucille posó cariñosamente una mano sobre los labios de Jesse y susurró:

—Olvida esas cosas. Debes poner de tu parte todo lo necesario para tu más pronta recuperación.

—¡No comprendo tu actitud en este asunto, Lucille! Ten en cuenta que la vida de la Tierra está en peligro. Poco importa mi salud ante la magnitud de los acontecimientos que se nos avecinan.

Lucille se había sentado junto a su prometido y, cogiéndole las manos, las besó apasionadamente.

—¡Tienes que reaccionar, Jesse! ¡Tienes que reaccionar!

Jesse iba a contestar airadamente cuando vio que unas lágrimas brillaban en los ojos de la muchacha.

—¿Qué te sucede, Lucille? Me preocupa terriblemente ver el estado de excitación que te consume. ¿Qué he podido decir que haya provocado esas lágrimas?

La mujer hizo un esfuerzo de voluntad y consiguió dominar la congoja que la sacudía.

—Tú eres un hombre inteligente, Jesse. Espero que comprendas mis palabras.

—Habla sin ningún temor, Lucille. ¿Acaso la ausencia ha modificado tus sentimientos?

—¡No digas eso, Jesse! ¡Te quiero más que nunca!

Jesse suspiró al escuchar aquellas palabras.

—Si es así, nada tiene importancia.

—Yo quiero que comprendas una cosa, Jesse: todo cuanto dices sobre Zamok es una pura pesadilla.

—¿No te entiendo?

—Los gases desprendidos en el experimento de Christopher han causado en tu cerebro una profunda perturbación. Todo ha sido producto del delirio, durante el tiempo en que perdiste la razón.

—¿Quieres decir que soy un loco?

—No he dicho eso precisamente, Jesse —respondió la muchacha—. Pero has atravesado una época en que has tenido perturbadas tus facultades mentales.

—¡Lucille! ¿Entonces no crees que ha sido una realidad lo de nuestro viaje a ese maldito planeta?

De nuevo volvieron a asomar unas lágrimas a los ojos de la muchacha y sus labios temblaron ligeramente por la emoción.

—¡Compréndeme, Jesse! Comprende que cuanto has dicho no tiene fundamento.

La mirada de Jesse se hizo sombría y una profunda preocupación cruzó por su espíritu.

—¿Quieres decirme en qué circunstancias fuimos encontrados Sandy y yo?

—No quería abordar este tema hasta que estuvieses más fortalecido, Jesse.

—Es preciso que lo sepa ahora —insistió Jesse—. Hay varios meses de mi existencia de los que no tengo el menor recuerdo. Para recuperarme es preciso que vuelva a reanudar el hilo de mi vida. Tú eres psiquiatra y sabes que esto es de todo punto necesario.

Lucille admitió el razonamiento de Jesse y se dispuso a relatar lo que interesaba a su prometido.

—Está bien, Jesse. Contestaré a tus preguntas.

—¿Dónde nos encontrasteis?

—Hace tres meses fuisteis hallados en una apartada localidad de la India.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. La presencia de dos extranjeros llegó a los oídos del embajador norteamericano y envió a uno de los miembros de la Embajada para ver lo que podía hacerse por ellos. Cuando pudieron reconoceros como americanos se centuplicó el caritativo interés de los primeros momentos.

—¿Nos encontrábamos en algún hospital?

—Así es. Tanto tú como Sandy os hallabais terriblemente depauperados y presos de un extraño delirio. ¿No recuerdas nada de eso, Jesse?

—Nada —respondió Jesse con desaliento.

—Se os trajo a los Estados Unidos gracias a la solícita gestión de nuestro embajador. Nadie os conocía y no erais capaces de identificaros. Yo había movilizado a toda la policía del país para que os buscasen, a raíz de la misteriosa desaparición vuestra. La última noticia que teníamos de vosotros la dieron los miembros de tu servidumbre, los cuales os vieron avanzar hacia el laboratorio de Christopher en el momento en que se produjo el accidente.

—Eso lo recuerdo con claridad. Me sorprende que Christopher no os advirtiese de que había una segunda reacción en el experimento que estaba realizando.

—No la esperaba. Fue un accidente el que la promovió y tuvo como fatal consecuencia la completa destrucción del laboratorio.

—Recuerdo que sentí un profundo mareo y caí desvanecido al suelo.

—El gas producido por la reacción química de los elementos mezclados

por tu hermano tiene unos efectos terribles sobre el cerebro. Tú y Sandy fuisteis los primeros en sufrir sus efectos

—Cuando despertamos nos encontrábamos ya en el planeta Zamok.

—¡No, Jesse, no! Durante todo el tiempo que estuvisteis en el hospital, en estado inconsciente, hablabais los dos de semejante cosa. Pero reconoce que eso es un absurdo.

—¿Qué dice Sandy?

—El insiste también sobre el mismo asunto.

—¿Puedes explicar la coincidencia en nuestros pensamientos, Lucille?

—Es sorprendente que los dos hayáis tenido la misma, alucinación; pero ten en cuenta que los efectos del gas descubierto por Christopher son totalmente distintos a todo lo conocido hasta ahora.

—¿Hasta el extremo de fabricar sueños en serie para todos los mortales? —dijo Jesse con sarcasmo.

—Todavía no podemos dar una explicación científica a eso. Yo quisiera que me contestases a unas preguntas.

—Pregunta sin vacilar.

—Tu dices que has estado en un nuevo planeta llamado Zamok.

—Así es.

—No es preciso tener grandes conocimientos de astronomía para saber cuántos son los planetas de nuestro sistema.

—¿No serás tan ingenua, Lucille, como para pensar que los habitantes de cualquier planeta hayan de llamarle de la misma manera que nosotros?

—Evidentemente, Jesse. Pero todo cuanto habéis dicho tú y Sandy en vuestro delirio ha sido tomado taquigráficamente. Según vuestras palabras se trata de un planeta sumido en eterna oscuridad, donde la vida se desenvuelve con la misma normalidad que en la tierra. Eso no es posible.

—En cierto modo no lo es —dijo una voz a espaldas de los dos enamorados.

Jesse y Lucille volvieron sorprendidos la cabeza y vieron avanzar hacia ellos la sonriente figura del profesor Holm.

—¡Querido profesor!

—Por fin te echo la vista encima, muchacho. Cree que este momento me produce una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Los dos hombres se estrecharon efusivamente las manos, poniendo en el gesto todo el afecto mutuo que sentían.

—Lucille me ha puesto al corriente de cuanto os ha sucedido. Ha sido terrible para todos nosotros rescataros en semejantes condiciones. Menos mal que ya ha pasado lo peor.

El profesor tomó asiento y Lucille le sirvió una copa de licor.

—Lo peor no ha pasado —dijo Jesse—. Precisamente estábamos discutiendo Lucille y yo el aspecto más impresionante de la cuestión.

—¿Tú crees, padre, que un ser de la Tierra podría vivir en cualquiera de los dos planetas del sistema solar?

—Ninguno reúne las condiciones apropiadas para que pudiéramos subsistir en él por nuestros propios medios. Marte, que es el más apropiado, tiene temperaturas que oscilan entre los sesenta y cinco grados durante el día y los setenta bajo cero durante la noche. Además existe el problema de que habría que aguantar diariamente un verdadero diluvio universal, ya que los océanos de Marte apenas tienen cincuenta centímetros de profundidad y se evaporan durante el día para precipitarse en forma de lluvia durante la noche.

—¿Y en los demás planetas? —dijo Lucille.

—En los otros, todavía peor. En ninguno de ellos podríamos sobrevivir ni un solo segundo.

—¿Te convences, Jesse? Todo ha sido producto de vuestra mente, desquiciada por haber inhalado el gas del experimento de Christopher.

—Me parece haberle oído, profesor, que «en cierto modo», no era posible la vida normal en cualquier otro planeta. ¿Quiere explicarse?

—Yo soy un escéptico en cuanto a la pretendida suficiencia de nuestros conocimientos. En realidad ignoramos todavía muchas cosas. Estoy seguro de que no sería posible la vida en cualquiera de los planetas conocidos, pero no estoy tan convencido de que conozcamos todos los planetas de nuestro sistema.

—¡Pero papá! —exclamó Lucille.

El profesor miró a su hija y adoptó un ligero tono de burla.

—Espero que me concederás alguna autoridad para opinar sobre esta materia.

—Lo que importa ahora —repuso Lucille— es no dar nuevas alas a la fantasía de Jesse. Tú eres un gran astrónomo, papá, pero yo soy psiquiatra y sé cuál es el estado de Jesse.

—Creo que el conocimiento de la verdad no ha de perjudicarme — terció el aludido—. Siga usted, profesor.

—Hasta ahora hemos creído conocer íntimamente nuestro sistema planetario. Había algo que nos desconcertaba: una irregularidad que observábamos en la marcha de Mercurio cuando alcanzaba el punto más distante con relación al sol. Fue Einstein quien resolvió el problema gracias a su maravillosa Teoría de la Relatividad. Pero yo comienzo a ver otras posibilidades. Quizá la irregularidad del perihelio de Mercurio pueda tener otra explicación.

—¿Cuál sería esa explicación? —preguntó Jesse.

—La presencia de otras masas materiales en nuestro sistema, cuya carga eléctrica fuese distinta a la de la Tierra.

—¡Eso explicaría nuestra aventura en otro planeta!

—Yo no digo tanto —sonrió el profesor—. Es un trabajo que todavía no tengo terminado y que quizá me lleve varios años el llegar a una conclusión.

—¡Eso sería derribar la Teoría de la Relatividad! —exclamó Lucille.

—Seguramente —respondió el profesor—. Pero no es la primera que se derriba en el largo camino recorrido por la Ciencia. Hubo antes otras teorías que parecían tan bien cimentadas como ésta y que, sin embargo, rodaron estrepitosamente por los suelos.

El tema había cautivado a Jesse y los dos hombres se enzainaron en una larga disquisición sobre el asunto, lo cual llenaba de indignación a Lucille.

La muchacha había puesto todo su afecto en la recuperación de Jesse y, como profesional de la medicina, estaba convencida de que tanto él como Sandy habían padecido una extraña locura.

Mientras los dos hombres hablaban, pensaba en las posibilidades de su amado para una completa recuperación. Era cierto que habían sucedido muchas cosas extraordinarias sobre las cuales no tenía formado un juicio, pero el supuesto viaje de los dos hombres a un desconocido planeta quedaba descartado por completo para la muchacha.

Jesse contó detalladamente su aventura al profesor y éste lo escuchó sumido en profunda atención.

—No puedo decidirme, hijo mío, en un asunto de proporciones tan extraordinarias, pero no lo considero totalmente imposible.

—¿No cree que debíamos avisar a las autoridades? Nioba me habló de la posibilidad de que la Tierra fuese atacada por Zamok.

—Cualquier gestión cerca de las autoridades no sería tomada en serio —repuso el profesor—. Lo más probable es que acabaran recluyéndonos a los dos en un manicomio.

Jesse hizo un gesto de desaliento que cortó rápidamente el profesor.

—El problema pertenece al dominio de los hombres de ciencia. Hay entre nosotros bastantes soñadores como para tomar en serio el asunto. Consultaré con alguno de mis colegas y veremos lo que se decide.

Dichas estas palabras el profesor se puso en pie.

—Esta noche tenemos invitados, Lucille. Creo que debemos irnos. Antes de abandonar la casa me gustaría hacerle una visita a Sandy.

—Está en las habitaciones del primer piso —informó la muchacha—. Aún no se encuentra en condiciones de bajar al jardín. Puedes subir mientras me despido de Jesse.

Mientras el profesor se dirigía hacia el edificio, Lucille y Jesse enlazaron cariñosamente sus manos.

—Ten la seguridad de que no estoy loco. Me doy perfectamente cuenta de lo mucho que te amo y de la gran suerte que tengo de ser correspondido por una mujer como tú.

—Así lo deseo con toda mi alma, Jesse. Dejaremos este asunto para más adelante. ¡Y espero que no te hayas enamorado de la mujer de tus sueños!

Jesse lanzó una alegre carcajada al escuchar la exclamación de la muchacha.

—¿Te refieres a Nioba?

Lucille hizo un gracioso mohín al escuchar el nombre.

—Ninguna mujer podría suplantarte en mi corazón. Además, te diré que ya tiene a su propio Romeo. Sandy está locamente enamorado de ella.

Durante unos segundos permanecieron con las manos entrelazadas y, finalmente, se despidió la deliciosa muchacha.

Jesse la vio alejarse y una sonrisa de felicidad apareció en sus labios.

Cuando quedó solo volvió a sumirse en sus pensamientos. Durante más de una hora permaneció en su soledad, hasta que fue arrancado de sus meditaciones por la discreta tos de un criado.

—¿Qué sucede? —preguntó Jesse con indiferencia.

—El señor tiene una visita.

—¿Le has dicho que me encuentro enfermo y no recibo a nadie?

—Así es, señor. Pero ha insistido a pesar de ello.

A Jesse no le hacía ninguna gracia recibir a nadie en aquellos momentos. Se había recuperado mucho y ya se encontraba en condiciones de hablar largamente y aún de pasear con moderación, pero necesitaba su soledad para meditar profundamente sobre el enigma que se cernía sobre su existencia. Muchos le consideraban loco y él mismo comenzaba a dudar de que fuese una realidad cuanto le había sucedido.

Quizá tenía razón Lucille. El gas desprendido en la reacción química preparada por Christopher podía haberle lesionado su cerebro, al extremo de sumirle en aquella extraña locura. Los recuerdos eran vivos y claros y tenían toda la apariencia de la realidad, sin embargo...

—¿Qué le digo al visitante, señor?

—Tendrá que explicarte cuál es el motivo de su visita. Sólo si se trata de un caso excepcional lo recibiré.

—El hombre me ha entregado una tarjeta para el señor.

El criado alargó el pequeño rectángulo de cartulina a Jesse y éste le dio algunas vueltas entre sus dedos sin posar en él su mirada.

—¿Cómo se encuentra Sandy?

—Hace un momento he estado en su habitación, señor. Por ahora duerme tranquilamente. Yo lo veo muy mejorado. Ha cenado con gran apetito.

—Cuando despierte mañana avísame, pues quiero hablar con él.

—Así lo haré, señor.

—Ahora ve al visitante y pregúntale cuál es el motivo de su visita.

El criado giró sobre sus talones y se dirigió hacia el edificio.

Jesse quedó en suspenso durante un instante y de pronto recordó la tarjeta que tenía entre sus manos.

Le dio la vuelta y posó sus ojos sobre unas palabras escritas a mano en el dorso de la misma.

Al principio apenas si pudo entender lo que significaban aquellas breves palabras. Pero de pronto crispó las manos y una gran palidez, producida por la excitación, se adueñó de su rostro.

Se restregó los ojos como si temiera estar soñando y luego volvió a posarlos en la tarjeta. No se había equivocado. Escrito en letra firme y graciosa podía leerse: «Recuerdos de Nioba».

CAPÍTULO III

Los pocos segundos que tardó el criado en introducir al visitante parecieron transcurrir con la lentitud de siglos.

Aquella tarjeta que Jesse estrujaba entre sus manos venía a despejar una incógnita que comenzaba a preocupar seriamente a nuestro hombre.

El simple nombre de Nioba echaba por tierra toda posibilidad de que todo hubiese sido el sueño de un demente. La actitud de Lucille, aunque algo paliada por la del profesor, había conseguido hacer mella en su espíritu y su razón comenzaba a vacilar. Aunque hubiese estado convencido de que cuanto decía era cierto, no se le escapaba la dificultad que habría de encontrar para convencer a nadie de la realidad de su aventura.

La posibilidad de que la Tierra fuese atacada y tal vez destruida por los hombres de Zamok le tenía terriblemente preocupado y se desesperaba en su intento por encontrar las palabras con las cuales pudiese convencer a su auditorio.

Recordaba claramente la expresión del rostro de Nioba cuando se decidió depositarlos en la Tierra, entrando en la atmósfera de la misma sin aminorar la endiablada velocidad de la nave interplanetaria. Aquella expresión demostraba claramente el peligro que corrían los dos terrestres ante semejante maniobra, pero en aquellos instantes no había sido posible resolver de otra manera.

Jesse tenía algún conocimiento sobre las enfermedades adquiridas por los tripulantes de los vehículos ultrarrápidos que se empleaban en la Tierra. Sabía que la velocidad era también un factor patológico, ¡y las velocidades terrestres eran un juego de niños, comparadas con la alcanzada por la nave interplanetaria de Nioba!

No tenía la menor duda de que los extraños efectos que había experimentado su organismo se debían a aquella gran velocidad, pero lo difícil hubiese sido convencer a aquellos que comenzaban por poner en duda la autenticidad de su viaje interplanetario.

Afortunadamente llegaba un mensajero de Nioba, el cual poseería, sin duda alguna, el medio de convencer a los incrédulos.

El criado avanzaba por el sendero que conducía hasta el lugar ocupado por Jesse y tras él caminaba un hombre de fornida complexión y gesto risueño.

—Puedes retirarte —ordenó Jesse, en cuanto hubieron llegado los dos seres junto a él.

El criado se retiró y los dos hombres se miraron durante unos segundos

a los ojos.

—Siéntese —invitó Jesse, al tiempo que estrechaba la mano del recién llegado.

El hombre hizo lo que se le indicaba y un segundo después dijo:

—Me envía Nioba para hablar con usted.

—He leído el breve mensaje que venía en la tarjeta.

—Ella misma lo escribió de su puño y letra —sonrió el recién llegado —. Usted y su ayudante han sido una constante preocupación para Nioba durante todo el tiempo que ha durado el Ciclo Final de Torca. El aterrizaje en la Tierra a la gran velocidad de nuestro aparato ponía en un serio peligro la vida de ustedes dos y la angustia de Nioba no ha tenido límites.

—Agradezco tan buenos sentimientos hacia nosotros —repuso Jesse cortésmente—. Su visita no puede ser más oportuna. Aquí todos creen que estamos locos y ¡hasta yo mismo empezaba a dudar de mi buen juicio!

—¿Su compañero Sandy consiguió escapar con vida de la maniobra?

Jesse no pudo evitar una maliciosa sonrisa ante aquella pregunta.

—Puede decirle a Nioba, si es que vuelve a verla, que Sandy aún está vivo. Hemos sufrido una verdadera catástrofe física pero, afortunadamente, pudimos salir con vida.

—No tardarán en pasar los efectos de sus males —repuso el hombre de Torca—. Aquí traigo algunos medicamentos que ayudarán poderosamente a su restablecimiento.

Diciendo esto sacó de su bolsillo una pequeña caja transparente, en el interior de la cual podían verse otras cajitas más pequeñas y un par de recipientes.

—Nioba se tomó la molestia de hacer la traducción al inglés de las instrucciones para tomar estos medicamentos. Síganlas ustedes al pie de la letra y tardarán pocas horas en recuperarse.

El mensajero de Nioba dejó sobre el velador la caja y guardó silencio.

—Agradezco infinito la preocupación de ustedes respecto a nuestra salud, pero supongo que no será esa la única finalidad de su visita.

—Acierta usted, Jesse. Otros asuntos más graves han requerido que Lobek, nuestro jefe científico, haya decidido esta nueva expedición a la Tierra. Nioba es hija de Lobek. Esto explica su gran preparación científica y el que fuese ella la encargada de dirigir el rescate de ustedes cuando se hallaban prisioneros en Zamok.

—¿Y cuál es ese asunto tan importante?

El hombre de Torca guardó silencio durante unos instantes mientras buscaba las palabras precisas para exponer el objeto de su misión.

—La misión que me ha traído es de gran importancia para la Tierra. Los habitantes de Zamok han llevado adelante sus preparativos para atacarnos. Torca se ha visto sumida en su Ciclo Final durante los últimos

meses y esto ha permitido a Zamok adelantar sus preparativos.

—Según me explicó Sadom —repuso Jesse— para los hombres de Zamok era prácticamente imposible un ataque en masa al planeta Torca. ¿Cómo debo interpretar la noticia que me da usted ahora?

—Realmente es así. Nosotros disponemos de una atmósfera artificial que impide a los aparatos de Zamok aproximarse velozmente hacia nuestro planeta. Esto nos permite destruir sus naves interplanetarias con gran facilidad. Sin embargo, nuestros comandos en Zamok nos informan que los preparativos se están haciendo en gran escala. Esto nos hace suponer que quizá quieran resolver la vieja rivalidad entre nuestros dos mundos por medio de un ataque indirecto.

—No comprendo qué es lo que quiere decirme.

—Quizá la pretensión de los hombres de Zamok sea atacar a la Tierra para proveerse de las materias necesarias para construir una nueva flota interplanetaria. En la atmósfera de la Tierra pueden actuar con velocidades inferiores, ya que los terrestres no disponen de armas defensivas eficaces.

—Entonces debo entender que nuestro riesgo es inminente, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y qué debemos hacer nosotros? ¿Podríamos recabar una ayuda de Torca?

—Mi misión es llegar a un acuerdo con los gobiernos de la Tierra.

—Creo que no encontrará ninguna dificultad en ello.

—Sí que la hay. Tenemos conocimiento de que los hombres de Zamok han intentado buscarse algunos aliados en la Tierra.

—Me cuesta creer esa información —repuso Jesse.

—Sin embargo, es cierta. A veces no tiene límites la ambición de los hombres.

—¿Y quiénes han podido llegar a pactar con los enemigos de la Tierra?

—Ese es un problema que todavía no hemos resuelto. Es por este motivo por el cual he venido a entrevistarme con usted. Queremos que sirva de enlace con su Gobierno para iniciar rápidamente esas gestiones. Su asesoramiento nos es totalmente indispensable, pues no sabemos en quién podemos confiar y en quién no. Usted conocerá algunos hombres del Gobierno, o cualquier otro gobierno de la Tierra en los cuales podamos confiar plenamente. Es la única manera que vemos de burlar a nuestros enemigos y a sus posibles colaboradores. ¿Cree que podrá ponernos en contacto con algún hombre responsable y de absoluta confianza?

Jesse asintió vehementemente con la cabeza.

—Estoy seguro de poder hacerlo. El presidente de los Estados Unidos, Alfred B. Stauton, es el hombre ideal para ello. Su ejecutoria personal y la doctrina política que representa lo ponen a salvo de toda sospecha de traición.

—Si usted está convencido de lo que dice, ese es el hombre que necesitamos. El a su vez se relacionará con otros gobiernos para formar un amplio frente capaz de oponerse, con nuestra ayuda, a la invasión.

—Creo que no me será difícil conseguir una entrevista con el presidente. Empiezo a encontrarme con bastantes fuerzas físicas como para iniciar inmediatamente la gestión.

Jesse había pronunciado estas palabras mientras paseaba su mirada distraída por los alrededores. De pronto se detuvo en un determinado punto y su cara hizo un gesto de extrañeza. A unos veinte metros, destacándose sobre la tapia que rodeaba el jardín por el lado norte distinguió el busto de dos extraños personajes. Llevaban la cabeza tocada con un raído sombrero que se encajaba hasta sus orejas. Los ojos se ocultaban tras los negros cristales de unas gafas, dando la impresión de que se trataba de un par de mendigos ciegos.

El gesto de sorpresa de Jesse obligó a su interlocutor a volver la cabeza en la dirección de los extraños seres.

No bien hubo posado la vista en ellos cuando se levantó de un salto y se lanzó con tremendo ímpetu contra Jesse.

El choque revistió una gran violencia y los dos hombres rodaron por el césped del jardín, arrastrando en su caída algunos muebles y enseres.

Una décima de segundo más tarde un rayo de intensa luz roja barría el lugar que ocupaban poco antes los dos hombres y una densa columna de humo se elevó hacia el cielo.

La mesa, dos sillas y una larga y estrecha franja de tierra quedaron calcinadas en menos de un segundo.

Jesse había sido sorprendido por la violenta actitud de su interlocutor, pero la visión del deslumbrante rayo rojo le hizo percatarse de la situación: ¡Aquellos fingidos mendigos eran dos hombres de Zamok!

El hombre de Torca no perdió la serenidad.

Se levantó del suelo y cogiendo a Jesse entre sus poderosos brazos consiguió arrastrarlo hasta un saliente del edificio.

Mientras tanto, el rojizo rayo luminoso barría una gran extensión del jardín, destruyéndolo totalmente.

—Son dos de nuestros enemigos —exclamó el hombre de Torca.

—Saldré a la calle y procuraré cortarles la retirada —dijo Jesse.

—¡No se mueva! —ordenó su acompañante—. Nada podría usted contra sus armas.

Diciendo esto sacó del bolsillo de su americana un pequeño objeto, parecido a una pistola y apuntó hacia el lugar donde se hallaban situados los dos atacantes. Pulsó un pequeño botón y un agudo silbido se escapó de la extraña pistola. Una décima de segundo después una luz cegadora rasgaba con enorme fuerza las tinieblas de la noche, sólo rotas hasta

entonces por algunos faroles de pálida luz.

Aquel deslumbrante fogonazo de luz blanca persistió durante unos segundos, obligando a Jesse a cerrar los párpados para no quedar totalmente deslumbrado.

—¡Ahora llévame con rapidez hacia ese callejón! Quizá podamos coger vivos a esos dos hombres.

Jesse dio media vuelta y se introdujo en el edificio, buscando ganar la entrada principal, con objeto de conseguir el acceso a la callejuela.

Los efectos del rayo rojo y la posterior eclosión de luz blanca habían alarmado a la servidumbre y hasta pudo escucharse la voz de Sandy, el cual preguntaba qué era lo sucedido.

—¡Que nadie salga de la casa! —ordenó Jesse sobre la marcha.

En pocos segundos alcanzaron la puerta principal y, en veloz carrera, se dirigieron hacia el callejón.

—La intensidad de la luz debe haber cegado a esos hombres. Creo que no nos será difícil aprisionarlos.

—Ello nos permitiría enteramos de cuáles son sus propósitos —respondió Jesse sin aminorar su marcha.

Cuando doblaron la esquina para introducirse en el callejón, el vivo resplandor provocado por el arma del hombre de Torca había desaparecido, quedando nuevamente iluminada la escena por la débil luz del alumbrado eléctrico.

A unos noventa metros de distancia pudo ver Jesse la silueta de los dos hombres. Se hallaban caídos en el suelo y un lastimero gemido salía de sus labios.

—Debemos aproximamos con cuidado —dijo el hombre de Torca—. Ahora ya no pueden vernos, pero sí escuchar el ruido de nuestras pisadas. Si consiguen enfocamos con el maldito haz luminoso de sus armas todo habrá terminado para nosotros.

El avance se hizo más lento, con objeto de no hacer demasiado ruido.

Los dos emisarios de la muerte que Zamok había enviado, se movían en convulsivo ademán y buscaban a tientas sus armas caídas en el suelo.

Jesse y su nuevo amigo habían conseguido aproximarse unos cincuenta metros cuando pudieron observar que sus enemigos conseguían, por fin, recuperar sus armas.

Sus caras eran una trágica mueca de dolor y desesperación, pero ambos realizaban un sobrehumano esfuerzo de voluntad para conseguir sobreponerse a la terrible situación.

—¡Cuidado! —susurró Jesse al oído de su acompañante—. Esos dos hombres vuelven a ser peligrosos.

Con rápido gesto se tumbaron en el suelo y el hombre de Torca se dispuso a disparar nuevamente su arma.

—Esta vez tendré que tirar a matar.

De nuevo esgrimió su extraña pistola y apoyó el dedo pulgar en una pequeña palanca, pero no llegó a disparar.

Los dos hombres de Zamok habían conseguido incorporarse. Mientras empuñaban sus pequeños fusiles con la mano derecha, extendieron la izquierda para localizarse mutuamente.

Luego apoyaron las armas en sus pechos respectivos y un poderoso resplandor rojo los envolvió en su fantástica aureola.

Los efectos de aquella acción no se hicieron esperar. Los dos hombres se vieron envueltos en la llamarada, como si una voraz lengua de vivísimo fuego los aprisionara. Sus ropas ardieron en una centésima de segundo y un nauseabundo olor a carne quemada se esparció por los ámbitos del callejón.

—Han preferido destruirse a caer prisioneros —comentó fríamente el hombre de Torca.

Jesse miraba fascinado la escena y no se sentía capaz de articular la menor palabra.

Los que antes habían sido dos seres llenos de vida se habían convertido, en el breve intervalo de un par de segundos, en un pequeño montón de blanquecinas cenizas, que en nada recordaban a la vida.

—¡Es terrible! —pudo articular por fin Jesse.

—Es la ley de la guerra —repuso el hombre de Torca—. Esto es una pequeña muestra de lo que puede suceder si la Tierra es atacada por esos desalmados.

El último fogonazo de las armas de aquellos hombres había herido uno de los edificios de la calle y grandes llamaradas comenzaban a elevarse hacia el cielo, como trágico punto final a la dramática escena.

—Volvamos a casa—sugirió el hombre de Torca—. Es preciso que adoptemos un plan a seguir antes de que se presente la policía en este lugar.

Volvieron sobre sus pasos y unos segundos más tarde se introducían en la residencia de Jesse.

CAPÍTULO IV

Alfred B. Stauton, presidente de los Estados Unidos, miró largamente a los dos hombres que tenía frente a sí. Su rostro noble e inteligente mostraba la profunda preocupación que le embargaba y que fue creciendo a medida que iba avanzando el relato de sus interlocutores.

Dos días habían pasado desde que los hombres de Zamok pagaron con su vida el criminal atentado que intentaron realizar sobre las personas de Jesse y su nuevo amigo.

El hombre de Torca, que dijo llamarse Yarka, apremió a Jesse para que le consiguiera la entrevista con el presidente y en aquellos momentos se llevaba a cabo la misma.

Gracias a los medicamentos enviados por Nioba, Jesse y Sandy consiguieron recuperarse asombrosamente y, aunque aún estaban enflaquecidos, sus fuerzas se habían centuplicado y se encontraban animosos.

Junto al presidente estaban el ministro de Defensa y el jefe del Estado mayor.

Al principio acogieron con cierta frialdad el relato de las peripecias de Jesse en el planeta Zamok. Era todo tan fantástico que difícilmente podía darse crédito a semejantes palabras.

Jesse dio como prueba de cuanto decía el ataque sufrido en el jardín de su casa, pero el jefe de Estado mayor, general Grove, se mostró escéptico.

—Se ha producido un incendio en la calle Warnington, que es la que se halla por el límite norte de su jardín —dijo—, pero ello no prueba nada de lo que usted dice, señor Carnot.

—¡El incendio fue provocado por las armas de esos hombres! —exclamó Jesse.

—Hemos pedido un informe a la policía y nos comunican que no han podido hallar el menor rastro de los supuestos atacantes. Han sido analizadas las cenizas que indicaron ustedes y nadie es capaz de decir que puedan pertenecer a un ser humano. Convendrá usted que en esas condiciones no podemos decidirnos inmediatamente sobre el asunto que les ha traído aquí. Reconozca que no es fácil de creer esa historia del planeta desconocido.

—Ante ustedes hay un representante de uno de esos planetas, ¿quieren mayor evidencia?

El general Grove dirigió su mirada hacia Yarka y sonrió sarcásticamente.

—Si he de ser sincero, señor Carnot, le diré una cosa: De no ser usted el famoso abogado Jesse Carnot, a quien admiro y cuyo talento es reconocido

por todo el mundo, me vería precisado a tomar las medidas necesarias para que le viese un psiquiatra.

En aquellas circunstancias fue Yarka el que resolvió la cuestión.

—Usted es un gran experto en armas, general, me permite que le muestre algo que le sorprenderá.

El general Grove dirigió una mirada inquieta al presidente, pero éste desechó sus temores.

—No tema, Grove. Conozco a Jesse Carnot hace mucho tiempo y estoy seguro de que no me traería a un asesino, aunque hubiese perdido por completo la razón.

Jesse agradeció con una sonrisa las buenas palabras del presidente y éste continuó:

—Veamos ese instrumento. Aunque dudo que sea capaz de asombrar al general Grove.

Yarka sacó la pequeña pistola con la cual había disparado contra los hombres de Zamok.

—No se asusten ustedes por lo que vean —advirtió—. En ningún momento correrán el menor riesgo.

Grove miró con desconfianza no exenta de curiosidad el pequeño artefacto y frunció las cejas confuso, no sabiendo si iba a ver algo maravilloso o era, en realidad, objeto de una pesada broma.

Yarka oprimió uno de los botones de la culata y se oyó un ligero silbido. Inmediatamente comenzó a iluminarse la habitación con una resplandeciente luz blanca, la cual superó en mucho la de las lámparas que la iluminaban.

Los altos funcionarios del gobierno miraban con asombro, pero éste subió de punto cuando vieron que Yarka se guardaba la pistola en el bolsillo, sin que por ello se extinguiera el fogonazo deslumbrador.

—¡Demonios! —exclamó el general en voz baja.

—¿Cómo es posible mantener esa luz si no hay ningún filamento? —preguntó el presidente.

—En el terreno de la electricidad creo que podemos enseñarles algunas cosas —sonrió Yarka.

—He de reconocer que es fantástico —dijo el ministro de Defensa.

La luz continuó inundándolo todo por espacio de algunos segundos y luego se fue extinguiendo suavemente.

—No comprendo el sistema —murmuró el general Grove.

—Para nosotros es elemental —repuso Yarka.

—¿Quiere explicármelo?

—La cosa es sencilla. La luz eléctrica, en su expresión más corriente, se produce del siguiente modo: los electrones que poseen los átomos de un filamento de tungsteno son desplazados de su órbita merced a una fuerza

adicional que consiguen por medio de una mayor tensión eléctrica, suministrada por el hilo conductor. Cuando vuelven a ocupar su órbita correspondiente se desprenden de esa fuerza adicional, produciéndose en ese momento un centelleo que es lo que nosotros llamamos luz.

—En efecto, eso es elemental —admitió Grove—, pero no explica...

—A ello voy —dijo Yarka—. En nuestro planeta Torca hemos conseguido llevar esto a su último extremo. Lo mismo que ustedes consiguen con los átomos del tungsteno lo conseguimos nosotros con los átomos de oxígeno y nitrógeno que constituyen la atmósfera. Para ello nos valemos de las descargas de este pequeño aparato.

Cuando terminó alargó la ligera pistola a Grove y éste la examinó minuciosamente, aunque el gesto de su cara daba a entender claramente que no entendía el mecanismo de la misma.

—Perdería demasiado tiempo explicándole su funcionamiento, general. Por el momento bástele saber que el arma puede actuar con diferentes potenciales.

Yarka recuperó su pistola y apuntó con ella a una figurita de bronce que estaba colocada sobre un pequeño pedestal.

En esta ocasión el destello luminoso se redujo a una pequeña esfera de treinta y cinco centímetros de diámetro, la cual envolvió por completo a la figura. Esta comenzó a brillar intensamente y, un segundo después, se volatilizaba, no dejando ni el menor rastro de su existencia.

La prueba fue concluyente y, a partir de aquel instante, ya no se puso en duda la palabra de los dos hombres.

—¿Y los habitantes de ese planeta...

—Zamok —apuntó Jesse.

—¿Los habitantes de Zamok disponen de armas parecidas?

—En efecto —repuso Yarka—. Sus conocimientos son muy parecidos a los nuestros. Nuestra ventaja reside en que la composición de su planeta carece de algunas sustancias, lo cual les impide dar determinadas durezas a sus materiales. Toda la defensa de Torca está basada en esa circunstancia.

La conversación se prolongó durante más de dos horas y al término de la misma se había llegado a una conclusión: una delegación de la Tierra, formada por Jesse, el general Grove y el profesor Holm como miembros básicos de la misma, haría un viaje a Torca, donde se llegaría a un acuerdo más amplio y minucioso.

Jesse pidió la inclusión de Sandy y su petición le fue concedida.

—La nave interplanetaria que me ha traído hasta la Tierra —dijo Yarka— está situada actualmente en el tercer cuadrante de la posición de Jong.

—¿Quiere traducirme eso? —sonrió el general.

—Discúlpenme —repuso Yarka—; inconscientemente he empleado el lenguaje científico que usamos nosotros. He querido decir que se halla

posada en lo que ustedes llaman la Luna. A una orden mía vendrá a recogemos.

—¿Cuándo podrá ser eso? —preguntó Grove.

—En cuanto usted quiera, general.

—¿Mañana?

—Mañana, si ese es su deseo.

—Mientras ustedes llegan a un acuerdo con nuestros nuevos aliados —dijo el presidente—, yo intentaré entenderme con los jefes de algunos gobiernos de la Tierra, al objeto de aunar nuestros esfuerzos. ¡Ahora quien correrá el riesgo de que lo tomen por loco soy yo! —sonrió.

La importante conferencia había llegado a su fin y los dos visitantes se disponían a abandonar el despacho del presidente, en la Casa Blanca.

De pronto llegó a los oídos de todos los presentes un vago rumor que fue creciendo de tono hasta convertirse en un poderoso griterío, en el cual se mezclaban las voces angustiadas de la multitud con el temible fragor de los edificios que comenzaban a desplomarse.

—¿Qué diablos sucede? —exclamó el general Grove, muy sorprendido.

Jesse y Yarka se aproximaron rápidamente a un gran ventanal y lo que vieron sus ojos les llenó de espanto.

Por la parte sur de la ciudad, y en dirección a la Casa Blanca, avanzaba lentamente, a unos trescientos metros del suelo, una extraña nave aérea.

Aquel fantástico ingenio tenía forma cilíndrica y alargada. La parte de proa se alargaba extraordinariamente hasta terminar en una afilada punta. Dos aceradas crestas a los costados y una en la parte superior recorrían el aparato de proa a popa.

En la parte inferior de proa emergían ligeramente dos redondos faros, por los cuales brotaban dos poderosos haces luminosos de una tonalidad rojo oscuro.

El lento vuelo de la nave aérea iba sembrando a su paso la destrucción y la muerte. Los dos haces luminosos barrían los edificios, haciéndolos derrumbarse con gran estrépito y llevando la muerte a miles de pacíficos ciudadanos.

La desolación que causaba el paso de la siniestra nave tenía perfiles dantescos. Aquellos poderosos rayos abatían los edificios como si se tratase de simples juguetes en las manos de un coloso. Una blanca humareda se elevaba hacia el cielo desde las ruinas y los rascacielos que sólo habían sido afectados indirectamente comenzaban a arder por los cuatro costados, matizando la siniestra estampa con los tintes del infierno.

—¡Zamok ha desencadenado su ataque! —gritó Jesse, con voz emocionada.

—¡El aparato se dirige hacia aquí! —repuso Yarka—. ¿Hay sótanos donde podamos guarecernos?

—La Casa Blanca dispone de un refugio antiatómico —dijo el general Grove, que en aquel momento de peligro hacía gala de una estupenda serenidad.

—Condúzcanos allí sin perder un segundo —ordenó Yarka.

Precedidos por el general salieron del despacho del Presidente y atravesaron varias dependencias.

—¡Orden a todo el mundo de refugiarse según las normas de la defensa pasiva! —ordenó el general a uno de sus subordinados que esperaba en el antedespacho.

Inmediatamente fue dada la alarma y todo el personal de la Casa Blanca se movilizó ordenada y disciplinadamente.

Hacía muchos años que en los sótanos de la Casa Blanca se había construido un refugio atómico, con capacidad suficiente para alojar todos los servicios de la misma, e incluso con un despacho para el presidente y otro para el Estado mayor, conectados con el exterior por medio de la radio y de líneas telefónicas subterráneas.

En poco más de tres minutos consiguió refugiarse todo el personal de servicio y fueron cerradas las entradas con poderosos muros de acero.

—El deber más importante es poner a salvo a nuestro Presidente —dijo el general Grove—. Este refugio tiene una salida, a través de un túnel, a treinta kilómetros de aquí.

—Continuaré en mi puesto —dijo el presidente serenamente—. Es preciso que dé unas cuantas órdenes perentorias y no puedo perder ni un solo segundo.

Grove quiso convencerlo pero no lo consiguió. El presidente había dicho su última palabra y ya se hallaba comunicando con los puntos secretos para un caso de emergencia.

El general Grove siguió su ejemplo y comenzó a enviar órdenes a los distintos departamentos del ejército que no habían sido afectados por la terrible devastación.

—Todos los aviones disponibles deben lanzarse contra ese mortífero ingenio —ordenaba—. ¡Atáquenlo desde Tierra con cohetes! ¡Orden de movilización general!

Las centrales telefónicas y de radio iban conectando al general con los distintos organismos y éste se expresaba con claridad y gran rapidez.

Por los distintos altavoces llegaban las respuestas. En otras ocasiones un silencio impresionante respondía al angustioso llamamiento, como clara indicación de que aquel organismo había sido aniquilado por la terrible pasada de la nave interplanetaria.

Jesse y Yarka habían decidido no entorpecer la ingente tarea de aquel hormiguero humano y permanecían mudos y apartados en un rincón donde no pudiesen molestar.

A través de los gruesos muros de acero llegó hasta sus oídos el lejano temblor de las explosiones y un sordo retumbar, producido por el derrumbamiento del edificio que durante tantos años había alojado a los presidentes de los Estados Unidos.

—Ya han conseguido alcanzarnos —comentó Jesse, sin que su voz hubiese perdido su firme y sereno acento.

—En la primera pasada han derribado el edificio —repuso Yarka—. En la segunda conseguirán fundir los muros de acero de esta ratonera.

—Espero que antes habrán acabado con ellos nuestros aviones de caza.

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Yarka.

—No se haga ilusiones, Jesse. Sus aviones harán a esa nave el mismo efecto que un enjambre de abejas a un rinoceronte.

—Tenía entendido que los materiales de construcción no eran demasiado sólidos.

—Eso es relativo. No lo son para las velocidades que pretenden alcanzar en una atmósfera densa. Pero además, esos aparatos van protegidos por una envoltura electromagnética que impedirá a los proyectiles de ustedes llegar hasta su armadura.

—No he sido nunca guerrero —sonrió Jesse—, pero me molesta morir en el primer encuentro y sin conseguir devolver algún golpe a nuestros adversarios.

—La cualidad que más aprecio en los hombres es el valor —repuso Yarka— y veo que a ti no te falta. Hasta ahora has sido una misión a realizar en la Tierra, desde ahora eres mi amigo.

—Te agradezco esas palabras, Yarka, pero mucho me temo que nuestra amistad va a durar muy poco tiempo.

—¿Quién sabe? Es posible que no esté todo perdido. Sadom me ha hablado mucho de ti y observo con satisfacción que no exageraba en sus apreciaciones.

—¿Crees sinceramente que no está todo perdido?

—Hay una pequeña posibilidad de que escapemos con vida de esto.

—¿Cuál es?

—Ahora no puedo perder tiempo en explicártelo, pues debo estar muy atento.

—¿Puedo yo hacer algo?

—Sí, Jesse. Observa bien nuestro techo y corre la voz para que todos los que no tengan una cosa urgente que hacer hagan lo mismo.

—¿Y qué instrucciones doy?

—En cuanto alguien vea que las planchas de acero se van enrojeciendo debe avisárnoslo, cualquiera que sea el punto donde esto suceda.

Jesse salió del despacho y recorrió los pasillos dando las instrucciones que le había proporcionado Yarka.

Mientras el presidente y el general Grove seguían pegados a los equipos transmisores de radio y a los teléfonos conectados directamente con los puntos neurálgicos, sobre sus cabezas se iba acentuando el terrible fragor de la dura batalla que se libraba en el espacio exterior.

A veces se podía escuchar el amortiguado tronar de las armas de tierra y en ocasiones se producía un temblor de tierra, indicador de los grandes estragos causados por la nave interplanetaria.

—Ya están todos advertidos —comunicó Jesse cuando hubo terminado la misión que le había encomendado Yarka—. Más de doscientos empleados de la Casa Blanca están alerta.

—¿Hay comunicación directa entre todas las dependencias de este refugio?

—Sí. El aislamiento se consigue por pesadas cortinas de acero que son accionadas eléctricamente.

—Entonces da la orden para que todas las cortinas sean levantadas.

Jesse visitó al encargado de la cabina de mandos y el hombre puso algunas objeciones a realizar lo que se le ordenaba, pero la hábil oratoria de Jesse acabó por convencerle.

—Si no se trata de un ataque en masa aún podremos hacer algo —murmuró Yarka.

—¿Crees tú que esto pueda ser la invasión de la Tierra?

—Mi sincera opinión es que no. Si así fuese yo me habría enterado, pues mi aparato hubiese observado el paso de la flota interplanetaria de Zamok. Acabo de recibir un informe de que sólo un aparato ha sido detectado en dirección a la Tierra.

La mirada de extrañeza de Jesse obligó a Yarka a explicarse.

—No creas que tengo relación con los espíritus o que estoy inventando una mentira piadosa. Ahora mismo comprenderás la razón de lo que te he dicho.

Diciendo esto echó mano a su oído derecho y extrajo del interior del mismo un minúsculo aparato, del tamaño de una lenteja, que depositó en la palma de su mano.

—Ni un solo segundo he dejado de estar en contacto con los hombres que han quedado en mi nave. Esto que ves es una emisora receptora de radio. Hace un segundo he recibido el mensaje del que te he hablado.

A pesar de la situación, Jesse no pudo, menos que maravillarse de lo que le decía su amigo.

—¿Y dices que esto también sirve para transmitir?

—Así es.

—¿Y cómo demonios se habla por ahí?

—No se habla, Jesse —sonrió Yarka—. Es suficiente con pensar. La onda cerebral de mis pensamientos es recogida por este aparato minúsculo

y transmitida a la receptora de mi nave. Allí, merced a un cerebro electrónico, es transformada en las palabras que quiere expresar mi pensamiento, las cuales surgen claras y perfectas por un amplificador.

—Sencillamente maravilloso, Yarka.

—Acabo de dar órdenes a mi nave para que entre en acción. Si la nave de Zamok que nos ataca es del tipo que yo creo no nos será difícil destruirla. Sobre todo si tenemos en cuente que la lucha se desarrollará en una atmósfera tan densa como la de la Tierra.

—¡Entonces tenemos asegurada la victoria! —exclamó Jesse lleno de optimismo.

—A medias nada más —sonrió Yarka—. Ese aparato será destruido, pero quizá todos nosotros perezcamos.

—Moriré tranquilo si sé que ese monstruo del espacio ha dejado de asesinar a miles y miles de seres inocentes.

—Yo no moriré tranquilo si tengo la certeza de que ese maravilloso hombre que es el Presidente de los Estados Unidos ha muerto entre las ruinas de este refugio.

—No había pensado en ello. También a mí me preocupa y duele la cuestión.

—Mi dolor será doble porque para nosotros era un gran paso haber llegado a un entendimiento con el país más poderoso de la Tierra.

—Aunque muera nuestro Presidente, estoy seguro de que conseguiréis lo mismo con su sucesor. En nuestro país no es sólo el hombre el que cuenta, sino también las instituciones, que son las que dan continuidad histórica a las ideas de los hombres.

—Ya lo sé, Jesse. Pero nosotros tenemos un problema de tiempo. Después de esta catástrofe perderemos mucho tiempo en conseguir un nuevo acuerdo. Los hombres de Zamok han enviado un comando experimentad para comprobar la eficacia de sus armas y tantear la de las vuestras.

—Eso indica que piensan lanzarse pronto al ataque.

—Así es. Por lo tanto es preciso llegar cuanto antes a un acuerdo y coordinar nuestros esfuerzos. Nuestro planeta es invulnerable, gracias a la atmósfera artificial que lo recubre. El roce de las naves de Zamok con esa atmósfera acaba desintegrándolas, so pena de que reduzcan mucho su velocidad, en cuyo caso las podemos destruir fácilmente.

—Te comprendo, Yarka. En la Tierra no sucede otro tanto y seremos fácil presa si no contamos con vuestra ayuda.

—Y no olvidemos que, si los hombres de Zamok consiguen apoderarse de la Tierra, dispondrán de los materiales necesarios para dar una mayor consistencia a sus naves interplanetarias y derribarán con ello todo nuestro sistema defensivo.

En aquel momento, una voz que venía de uno de los pasillos gritó la terrible alarma:

—¡El techo comienza a fundirse!

CAPÍTULO V

Aquellas palabras de alarma tuvieron la virtud de suscitar en Yarka una febril actividad.

Con enérgico paso se dirigió hacia el lugar de donde habían salido las voces y pudo percatarse de la situación: la gruesa pieza de acero que constituía aquel sector del techo se hallaba al rojo vivo y comenzaba a gotear acero derretido.

Jesse que había seguido a su amigo le interrogó con la mirada.

—La nave de los hombres de Zamok debe haber dado otra pasada y comienza la destrucción del refugio. No me cabe la menor duda de que han estado espiando todos nuestros pasos y han decidido eliminar al Presidente para dificultar nuestras gestiones.

—Entonces está todo perdido. Si la elección de objetivo no ha sido hecha al azar, no cejarán hasta que hayan acabado con todos nosotros.

Alguien lanzó un desgarrador grito y Jesse vio como un hombre caía al suelo, retorciéndose en un espasmo de dolor. Una masa de unos dos kilos de acero fundido había caído sobre su cara, produciéndole una terrible quemadura.

Varios de sus compañeros intentaron socorrerlo sin conseguirlo realmente.

Aquello acabó de determinar a Yarka.

—¡Todo el mundo al suelo! —gritó estentóreamente—. Tú, Jesse, vete al despacho del Presidente y obliga a él y a Grove a que realicen lo que acabo de ordenar. Si es preciso emplea la fuerza.

Jesse se dirigió con toda rapidez hacia el sitio ordenado y transmitió las palabras de su amigo.

El Presidente de los Estados Unidos lo miró con un gesto de extrañeza y Grove, que ocupaba el despacho contiguo, se acercó al escuchar tan extraordinaria orden.

—Amigo Jesse, no creo que es la mejor manera de ayudar el dar órdenes descabelladas —dijo el General.

Jesse iba a dar una rápida explicación cuando escuchó la voz de Yarka.

—¡Date prisa, Jesse!

Nuestro héroe no lo pensó ni un solo segundo más. El Presidente y el General Grove estaban juntos y a unos dos metros de distancia delante de él. Hizo una rápida aspiración, para dar a sus músculos el máximo de vigor y se lanzó en formidable estirada contra los dos sorprendidos hombres que tenía delante.

Jesse tenía una gran experiencia en aquellos menesteres, pues no en balde se había hecho famoso en los campos deportivos universitarios, en

los lejanos tiempos en que estudiaba su carrera.

Con su hombro derecho consiguió derribar al Presidente, al tiempo que sus manos se apoyaban en el pecho del General Grove y conseguía, asimismo, abatirlo.

Mientras tanto, Yarka había sacado su pequeña pistola del bolsillo y apuntaba hacia el techo que comenzaba a fundirse.

—¡Que nadie se mueva suceda lo que suceda! —ordenó con voz enérgica.

Pulsó uno de los botones de la culata del arma y un agudo silbido repartió su eco por el ámbito del refugio.

Un haz de blanquísima luz vino a incidir en la parte del techo que comenzaba a derretirse. Las gruesas gotas de acero fundido comenzaron a evaporarse antes de llegar al suelo.

Un segundo después aparecía el cielo limpio de aquella tarde, a través de aquel boquete que iba taladrando el poderoso rayo.

Algunas voces llegaban de lugares distintos del refugio atómico, dando la alarma.

La nave interplanetaria de los hombres de Zamok había conseguido localizar aquel reducto, barriéndolo con sus rayos.

Todo el techo comenzaba a ponerse al rojo y un calor sofocante inundaba todas las dependencias.

Yarka dirigió el haz de su pistola hacia distintos sitios y una especie de nube de luz blanca se adaptó al techo, a un metro y medio escaso de la posición ocupada por los aterrados terrestres.

Un apagado crepitar se fue extendiendo por todas partes, y en pocos segundos se volatilizó el pesado techo de acero.

Apenas sucedió esto fue ascendiendo la nube luminosa, hasta dejar visible el cielo donde morían los rayos declinantes del sol.

Yarka proyectó su rayo volatilizador sobre una de las paredes del refugio y abrió una amplia salida al exterior.

—¡Todo el mundo afuera! ¡Procuren refugiarse en cualquier sitio, pero dispérsense!

Jesse había comprendido perfectamente la maniobra de Yarka y se levantó del suelo.

—¡Ahora no tengo tiempo de discúlpame! —dijo—. ¡Síganme!

El Presidente de los Estados Unidos y el General Grove habían comprendido, por fin, la necesidad de obedecer, pues de aquellos dos hombres dependía no sólo la salvación de su existencia, sino, probablemente, la de la humanidad entera.

—¡Por aquí!

La voz de Yarka había llegado claramente a los oídos de Jesse y no tardaron en encontrarse con él.

—¿Qué hacemos?

—Ahora no podemos hacer otra cosa que escapar —sonrió Yarka.

Los cuatro hombres salieron por el boquete y la luz diurna iluminó sus ojos.

Jesse lanzó una rápida mirada a su alrededor y vislumbró un montón de ruinas, el cual podía servir muy bien para ocultarse momentáneamente.

—A la derecha —ordenó secamente.

Los cuatro hombres alcanzaron en unas zancadas el sitio indicado y se guarecieron entre las ruinas.

—Si vuelve a pasar por aquí ese maldito aparato no creo que nos sirva de nada esta protección —comentó Yarka.

Es mejor esto que correr por ahí a la desbandada —respondió Jesse.

Tanto él como Yarka se tumbaron boca arriba y escrutaron con febril mirada la anchurosa bóveda del cielo.

—Mira hacia el noroeste, Jesse.

Este hizo lo que le indicaba Yarka y vio la más terrible escena que contemplaran jamás sus ojos.

La nave tripulada por los hombres de Zamok se hallaba a unos ochocientos metros de distancia y a su alrededor vibraba un verdadero enjambre de aviones de combate.

Con sin igual heroísmo se lanzaron furiosamente contra el destructor ingenio, atacándolo desde todos los ángulos.

Pero aquel mastodonte del espacio parecía insensible a la furiosa acometida de los aviones terrestres.

De vez en cuando, surgía un relampagueante centelleo del interior de la nave, y cuantos aviones caían dentro de su radio de acción eran fulminados en el acto.

—¡No conseguirán nada! —dijo Jesse con desaliento.

—Ya te dije que no lo lograrían —repuso Yarka.

—¡Pero qué demonios hacen esos aviones!— vociferó el general Grove.

—No es culpa suya, General. El aparato de Zamok es prácticamente invulnerable para las armas de ustedes.

—¡Podían haber atacado con cohetes atómicos!

Sería necesaria una bomba de hidrógeno, de gran potencia, para conseguir el objetivo que pretenden esos aparatos —repuso Yarka.

—No sé si no sería preferible que acabásemos todos, con tal de destruirlos.

Jesse no dijo nada, pero paseó una extensa mirada a su alrededor.

La posibilidad de acabar totalmente no era tan lejana. El ingenio militar de Zamok había conseguido destruir casi totalmente la ciudad. La mayor parte de los edificios formaban un montón de escombros y la sangre de las

víctimas manchaba de rojo la mayoría de las calles.

—¡Es terrible! —se lamentó el presidente—. Tan difícil que es edificar la paz y cuán fácil es destruirla.

—No tardaremos mucho en dar su merecido a ésos asesinos del Universo —dijo Yarka—. Miren hacia el Oeste y a gran altura.

Un pequeño punto se movía velozmente en la inmensidad del espacio y apenas si tardó unos segundos en concretarse.

Se trataba de un navío del espacio, de forma ovalada y grandes dimensiones.

Su velocidad era tal que apenas si podía seguirse el curso de sus evoluciones.

—¡Ese es mi aparato! —dijo Yarka con voz emocionada y no exenta de orgullo.

El ingenio volador de Zamok abandonó la ruta que se había trazado y comenzó a elevarse, en un desesperado intento por zafarse de la agresión del nuevo combatiente del espacio.

—¿Por qué no lo ataca de una vez? —masculló el general Grove.

—Están esperando mi orden —repuso Yarka.

—¡Déla usted ya de una vez!

—Las armas que ha de emplear mi aparato acabarían al mismo tiempo con casi todos los aviones de ustedes.

—¡No importa! —rugió el general—. Son muchas más las vidas que están en peligro y es preciso sacrificarse. Asumo toda la responsabilidad de esta orden.

El aparato que tripulaban los hombres de Yarka evolucionaba a terrible velocidad alrededor del navío enemigo.

—Dé usted la orden —dijo con voz serena y firme el presidente.

Yarka no pudo por menos que admirar el temple de aquellos hombres, que, a pesar de los sentimientos de su corazón, se veían precisados a condenar a muerte a algunos de sus heroicos semejantes.

Durante un segundo cerró los ojos y pareció concentrarse.

Casi instantáneamente, la astronave de Torca dejó de evolucionar en la forma que lo hacía y se precipitó sobre su adversario.

Los rayos de color rojo oscuro que habían sembrado la muerte sobre la ciudad de Washington barrieron el espacio, buscando desesperadamente conseguir conectar con sus enemigos.

Pero la astronave de Torca evolucionaba con tal rapidez que conseguía zafarse con facilidad.

De pronto surgió un cárdeno fogonazo de la proa del aparato de Yarka, envolviendo al ingenio de Zamok y a un par de centenares de aviones terrestres.

El deslumbrador fogonazo vibró en el aire durante una décima de


segundo y un grito ronco se escapó de la garganta de Yarka.

—¡Lo hemos conseguido!

—¡Sí, lo hemos conseguido! —contesto Jesse.

Cuando se extinguió el fulgor de las armas, el espacio del cielo ocupado unos momentos antes por la multitud de aviones y el navío sideral de Zamok, quedó limpio y despejado como si jamás hubiesen existido.

—La situación está salvada —informó Yarka.

—Es preciso que nos traslademos al segundo puesto de mando —dijo el general Grove, al tiempo que se ponía de pie.

—Esto crea tales problemas y complicaciones que nos es forzoso tomar rápidas medidas —aseguró el presidente.

—El sector Este de la ciudad ha sido menos perjudicado —continuó el general Grove—. Quizá allí encontremos algún vehículo que nos permita trasladarnos hacia el puesto de mando número dos.

La pequeña comitiva, ya puesta en pie, comenzó a caminar por medio de aquel paisaje infernal, en su intento de alcanzar el sector Este.

—¡Dios quiera que aún tengamos tiempo de alertar a todo el mundo! —murmuró el presidente.

Una angustiosa idea asaltaba el cerebro de Jesse desde hacía algunos minutos.

—¿Qué habría sido de Lucille? ¿Habría querido Dios que se escapase a tan terrible mortandad?

—Yo tengo que dejarles ahora —dijo.

El general Grove lo miró de hito en hito, sin comprender a qué obedecía aquella decisión.

—Ahora lo necesitamos más que nunca, Jesse. Nuestro pacto con Torca tiene que realizarse cuanto antes.

—De momento no es necesaria la presencia de Jesse —intervino Yarka, el cual había comprendido a la perfección el motivo que decidía a Jesse a abandonarles.

—Pero...

—No se preocupe, general —cortó Yarka—. Jesse estará con nosotros en el momento de la partida.

Dichas estas palabras hizo un amistoso signo con la cabeza a su amigo y éste empezó a separarse del resto de la comitiva.

—Saldremos dentro de algunas horas —dijo todavía Yarka—. Te recogeré en tu casa o en las ruinas de la misma.

Jesse se fue alejando y apenas si era capaz de contener el acelerado ritmo de su corazón. Aquel paisaje desolador desgarraba su sensibilidad y ponía un trágico interrogante sobre lo que pudiera haberle sucedido a Lucille.

CAPÍTULO VI

Durante toda su vida recordaría aquellas horas. La ciudad estaba casi totalmente destrozada y la marcha demoledora de los enemigos de la Tierra había hecho tabla rasa de casi todas las cosas.

Tanto su residencia como la de Lucille habían sido totalmente destruidas y se desesperó buscando entre los escombros.

En ocasiones tuvo que asistir sobre la marcha a seres que reclamaban con desgarradores lamentos su auxilio.

Al principio buscó metódicamente, consiguiendo dominar la excitación que se iba apoderando de él. Dos horas más tarde acabó por perder el control de sus nervios y su búsqueda se hizo desordenada y terrible.

Sus ropas se desgarraron y las manos y las rodillas le sangraban profundamente.

A veces levantaba con poderoso esfuerzo un bloque de cemento, con la infinita angustia de poder encontrar debajo el rostro ensangrentado de su amada. En otras se aventuraba por precarios pasadizos, donde su vida corría inminente riesgo.

Exploró lo que fue residencia de la muchacha y también algunas de las casas de sus amistades, pero todo fue inútil.

La noche vino a empeorar la situación, haciendo que tuviese que redoblar sus esfuerzos.

Cuando los primeros rayos de la aurora tiñeron con amoratada luz el inmenso cementerio, Jesse se encontraba al borde de sus fuerzas.

A pesar de su duro trabajo le pareció que apenas si habían pasado unos minutos desde el momento en que abandonara el grupo del presidente.

Su mirada volvió a recorrer el desolado paisaje y en su corazón se fue haciendo la certeza de que Lucille y su padre habían perecido en la catástrofe.

También llevó su pensamiento hacia Sandy, su fiel colaborador, del cual tampoco había encontrado el menor rastro.

Por un momento se sintió totalmente abatido y deseoso de que la vida se le escapara de su ser.

Era tal la soledad, el dolor y la desdicha que veía a su alrededor que le parecía injustificada su existencia.

Por fortuna duró poco aquel momento de desaliento.

Al sentimiento de desesperación fue sustituyéndole una creciente furia. Si seguía viviendo habría de ser para luchar con todas sus fuerzas contra los desalmados que habían provocado aquel cataclismo.

Este sentimiento le hizo recordar que Yarka le había citado sobre las ruinas de su casa, al objeto de iniciar el viaje hacia Torca.

Se encontraba algo lejos y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para emprender el camino con la mayor rapidez posible.

Fuerzas del ejército, venidas de otras localidades, comenzaban a patrullar por la ciudad y procuraban llevar los primeros auxilios a los que todavía conservaban un hálito de vida.

Durante su trayecto le detuvieron dos o tres veces, permitiéndole luego el paso hacia su objetivo.

Por fin llegó nuevamente a su casa. El espléndido jardín estaba totalmente calcinado y el airoso edificio convertido en un montón de basura.

Instintivamente recordó el paisaje bíblico que narraba el llanto de Jeremías sobre las ruinas de su ciudad perdida.

Se sentó sobre un muro derruido y lloró.

Aquel hombre fuerte e inteligente no encontraba otro desahogo para tanta amargura que el derramar unas lágrimas sinceras sobre aquel solar de la muerte.

De pronto una voz a sus espaldas pronunció su nombre.

—¡Jesse! ¡Jesse!

La voz salía de una garganta enronquecida por la emoción.

Jesse se volvió y vio avanzar hacia él la descompuesta figura de su amigo.

—¡Sandy!

Los dos hombres avanzaron atropelladamente sobre los restos de la casa y se estrecharon en un emocionado abrazo, que puso, por un instante, una nota de humanidad y ternura sobre el paisaje desolado.

Durante un largo minuto permanecieron ambos sin poder pronunciar una palabra.

—Todo se ha perdido, Sandy.

—¿Sabes algo de Lucille?

Jesse no pudo contestar a la pregunta.

—Comprendo lo que te pasa. Creí que ya habías conseguido hablar con ella. Está viva, Jesse.

Jesse miró a su amigo y le dijo con la mirada cuanto no podía expresar con su voz.

—Sí, está viva. Me dijo que venía hacia aquí.

En aquel instante sonaron unos pasos a sus espaldas y Jesse volvió la cabeza.

Ante sus ojos, como un rayo de luminoso sol apareció la silueta de Lucille.

Iba con la ropa destrozada y presentaba algunas pequeñas heridas.

Sin embargo, a Jesse le pareció más hermosa que nunca.

Los dos amantes se estrecharon en un profundo abrazo y juntaron sus

labios fervorosamente, en una muda promesa de recuperación y futura felicidad.

—Ha sido terrible, Jesse —dijo, por fin, Lucille—. Sobre todas estas desdichas he tenido que sufrir la angustia de creerte muerto. Cinco veces he venido a este lugar y otras tantas he tenido que marcharme.

—¿Y tu padre?

—No tardará en presentarse. Está muy afectado y lo he dejado atrás en cuanto te he visto desde lejos.

El profesor llegó dos minutos más tarde y se renovaron las emocionadas escenas anteriores.

—Durante algún tiempo te hemos creído loco, muchacho. Los verdaderos locos hemos sido nosotros al no creerte —dijo con voz amarga.

—Ahora ya no tenemos tiempo para perderlo en lamentaciones —repuso Jesse.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —exclamó el profesor Holm.

—Sí que podemos hacer otra cosa —repuso Jesse con voz enérgica—. Nuestro aliado de Torca no tardará en venir a recogemos para llevarnos hasta su lejano planeta. Los hombres que lo pueblan quieren pactar con la Tierra una alianza de ayuda mutua y el Presidente de los Estados Unidos ha decidido que vayamos nosotros a tratar con ellos.

Lucille miró a su amado y éste tuvo que consolarla.

—Lo siento, Lucille, pero habremos de separamos nuevamente. Nuestra misión es importante. No queremos que otras ciudades de la Tierra se vean en las mismas condiciones en que ha quedado la nuestra.

—Me hago cargo, Jesse.

—¿Y qué vas a hacer tú ?

—No te preocupes de mí, papá. Marcharé a Nueva York y viviré con tía Adelina hasta vuestro regreso.

—Me parece una medida acertada —comentó Sandy—. Allí te encontrarás más segura.

—Ten la seguridad de que volveremos.

La hermosa muchacha hizo un llamamiento a su voluntad para no mostrar a aquellos hombres la congoja que la invadía.

—Tú suspiras porque Jesse se va —dijo Sandy—, yo suspiro porque me quedo.

—Tú no te quedas. También tienes un puesto en nuestra expedición —informó Jesse.

Aquellas palabras sacudieron de tal manera a Sandy, que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no exteriorizar su alegría en respeto al dolor que les rodeaba.

—Afortunadamente, Christopher no se hallaba en la ciudad —suspiró Jesse.

—Es un descanso saber que al menos tu hermano no ha sufrido esta catástrofe —repuso el profesor—. Sus investigaciones atraviesan momento culminante y esto las habría destrozado.

Media hora más tarde aparecía Yarka, acompañado por el general Grove.

—Me alegro de encontraros a todos aquí —dijo Yarka—. No es probable que los hombres de Zamok intenten una nueva incursión, pero me gustaría que consiguiésemos despegar cuanto antes.

—Por mi parte estoy dispuesto —dijo Jesse.

—Lo mismo me sucede a mí —repuso el profesor Holm.

—Y a mí —aseguró Sandy.

—¿Creo que no conoces al profesor Holm?

—No lo conocí hasta este instante —sonrió Yarka—, pero no es difícil adivinar quién es.

El profesor sonrió y estrechó la mano de Yarka.

—He de reconocer que no me merezco el título de profesor. Cuanto han visto mis ojos aún dentro de tan tremenda desgracia, es algo que me ha llenado de asombro. Nuestros conocimientos son una bagatela al lado de los de ustedes.

—Sin embargo tengo inmejorables referencias de usted, profesor —aseguró Yarka—. Los trabajos realizados por el profesor Holm son conocidos en nuestro planeta y profundamente admirados. Sus ecuaciones diferenciales sobre las cargas eléctricas de los móviles nos parecen obra de extraordinario talento; sobre todo teniendo en cuenta los escasos medios con los que ha podido llegar usted a tan certeras conclusiones.

—No sé qué me asombra más —contestó el profesor—, si los elogios que me dirige o el enterarme de que conocen ustedes este trabajo mío, que apenas si es conocido por una docena de especialistas en todo el mundo.

—Creo que tendrán ustedes sobrado tiempo durante el trayecto para intercambiar opiniones y conocimientos —terció el General Grove—. Lo más importante ahora es que consigamos partir cuanto antes.

—Tiene usted razón, general. Voy a ordenar a mis hombres que aterricen aquí.

Yarka cerró los ojos durante unos segundos y apareció en actitud de profunda concentración.

Poco tiempo después se cernía en lontananza la maravillosa obra de ingeniería que tripulaban los hombres de Yarka y venía a posarse a pocos metros de las cabezas del grupo.

—No temas, nada, Lucille —dijo Jesse pasando cariñosamente un brazo por los hombros de la muchacha—. Son nuestros amigos.

El enorme aparato se había detenido en el aire y su imponente mole gravitaba como un majestuoso pájaro sobre el reducido grupo.

—¡Hubiéramos tardado mil años en conseguir algo semejante! —exclamó el general Grove.

—¿Entonces, es esta su famosa nave del espacio? —preguntó el profesor.

—Con ella hemos hecho el viaje desde Torca hasta la Tierra, y espero que ella nos devuelva a mi planeta.

—¿Dónde crees que puede aterrizar? —preguntó Jesse a su amigo.

—No es preciso que aterrice en ningún sitio. Ganaremos el interior fácilmente, sin necesidad de que el aparato se pose en el suelo.

Una escotilla de unos dos metros de diámetro se descorrió lentamente, enseñando una parte del interior del mismo.

—Ya está todo dispuesto —informó Yarka.

—¿Entonces vamos ya a partir? —preguntó Sandy.

—En este mismo momento.

Jesse se volvió hacia Lucille y la abrazó fuertemente. Durante unos segundos juntaron sus labios y permanecieron inmóviles. Luego rompieron el abrazo y se separaron.

También el profesor estrechó a su hija y la besó cariñosamente en la frente.

—Sé valerosa y prudente. Cuando regresemos iré a buscarte.

En breves segundos se despidieron todos de la muchacha y Yarka dio unas órdenes:

—Sitúense todos debajo mismo de esa escotilla abierta.

Ante los ojos llorosos de la muchacha, el pequeño grupo ejecutó la orden que les indicaba el jefe de la expedición.

Un sordo zumbido salió del aparato y Lucille pudo ver con asombro cómo todos los hombres quedaban suspendidos en el aire, siendo absorbidos hacia arriba con majestuosa lentitud.

Poco después se cerraba la escotilla del aparato y éste comenzaba su ascenso.

En una de las ventanillas circulares vio pegadas las caras de su padre y de Jesse, los cuales le dirigían una última mirada. Levantó la mano en señal de despedida e hizo un gran esfuerzo para poderles enviar una sonrisa.

CAPÍTULO VII

La iniciación del viaje fue un cúmulo de sensaciones para todos los terrestres.

Jesse y Sandy procuraban habituarse a las condiciones habidas en el interior de la astronave y el general Grove, juntamente con el profesor Holm, no cesaba de asaetear a preguntas a Yarka.

Este respondía complacido, e iba explicándoles el funcionamiento de los distintos instrumentos que gobernaban la nave sideral.

—Con media docena de aparatos como éste mi país sería el más poderoso de la Tierra —dijo el general Grove.

—Con uno así me podría permitir hacer una investigación sobre todo nuestro sistema solar —repuso el profesor Holm.

—Espero que el Gran Consejo de Torca colmará sus deseos regalándole uno de esos aparatos —repuso Yarka cortésmente.

Las horas fueron pasando y la curiosidad de los dos hombres no decayó ni un solo instante.

El general Grove lo veía todo desde el punto de vista militar, mientras que el profesor Holm se sumía en profundas disquisiciones científicas, que apoyaba a veces en complicadas operaciones.

La nave interplanetaria parecía estar inmóvil en medio del espacio y sin embargo su velocidad resultaba inconcebible para los terrestres.

Marte, Júpiter y Saturno fueron rebasados en el primer día de vuelo y Uranio y Plutón en el segundo.

El profesor Holm pudo verlos de cerca, merced a los pequeños, pero poderosos telescopios con los que iba equipado el aparato.

—Ahora podemos considerarnos en nuestro espacio jurisdiccional —sonrió Yarka—. Esta región del Universo en la que acabamos de adentrarnos está poblada solamente por dos planetas: Torca y Zamok.

—¿Es mucha la distancia que los separa a ambos? —preguntó el profesor.

—No mucha. Apenas cuatro millones de kilómetros. Torca va ligado a Zamok por unas fuerzas electromagnéticas de las cuales no tienen todavía conocimiento ustedes, los científicos de la Tierra. Estas fuerzas son una forma distinta de la gravedad que ustedes conocen, y que actúan diferentemente. Así como todos los planetas giran alrededor del sol y los satélites alrededor de los planetas, Zamok acompaña a Torca en su viaje alrededor del Sol, pero no gira alrededor de nuestro planeta. El haz de sombra que proyecta Torca envuelve eternamente a Zamok en una difusa penumbra. Siendo ésta la causa principal de las diferencias que existen entre las razas que pueblan estos dos mundos.

—¿Cuál de los dos países tiene un mayor potencial bélico?

—La contestación depende del punto de vista que adoptemos, General.

—¿Quiere explicarse?

—Zamok posee poderosos medios de ataque pero tropieza con la insalvable barrera de nuestra atmósfera artificial. Eso es algo que anula por completo sus esfuerzos contra nosotros. Si pudiesen luchar en un medio apropiado serían unos terribles enemigos. Sus pueblos viven organizados en comunidades militares y tienen una gran disciplina. Vienen a ser algo así como los espartanos de la antigua civilización terrestre.

—Sería una verdadera desgracia para la Tierra que los hombres-guerreros de Zamok consiguiesen anular el poderío de Torca —intervino Jesse.

—Esperemos que eso no suceda jamás —repuso Yarka.

Como si aquellas palabras hubiesen sido una señal convenida, uno de los miembros de la tripulación abandonó su puesto e interpeló a Yarka en su propio idioma.

El gesto de la cara de aquel navegante del espacio estaba descompuesto y no era nada tranquilizador.

Yarka sostuvo con él un breve diálogo y luego se volvió hacia los expectantes terrestres.

—Acaba de recibirse un mensaje de Torca. Dentro de un momento estaré con ustedes.

Dichas estas palabras abandonó a sus interlocutores y se adentró por un pasillo, hacia la cabina de comunicaciones.

—Esto me da mala espina —comentó Sandy.

—¿Qué puede suceder? —interrogó el profesor.

—Yo diría que las cosas no presentan un buen cariz. El hombre que hablaba con Yarka tenía el semblante demudado.

—Creo que es prematuro emitir ningún juicio —intervino Jesse—. Esperemos a que Yarka nos dé una información de lo que sucede.

Durante unos minutos se hizo un profundo silencio y los cuatro terrestres esperaron el regreso del jefe de la expedición.

No fue éste el que compareció ante ellos, sino el hombre que había mantenido con él la breve conversación.

—Yarka les pide que vayan a la cabina de comunicaciones —dijo en un defectuoso inglés—. Síganme.

En silencio siguieron a aquel hombre por los intrincados vericuetos del interior de la nave, hasta llegar a una pequeña cabina donde se encontraba el hombre que reclamaba su presencia.

Yarka estaba sentado ante una pequeña pantalla de color verde, por la cual desfilaba una sucesión ininterrumpida de extraños signos.

Después de unos minutos de espera se volvió hacia los terrestres y sus

facciones mostraron la gran preocupación que le embargaba.

—¿Sucede algo grave? —preguntó Jesse.

—Algo más grave de lo que yo esperaba —respondió Yarka.

—¿Alguna dificultad en nuestra marcha?

—No, profesor. Se trata de algo mucho peor: Torca está siendo atacada por su eterno rival.

Aquellas palabras produjeron la natural alarma entre los terrestres, pero procuraron mostrarse a la altura de las circunstancias.

—¿Un ataque importante? —preguntó Jesse.

—Un ataque total. A vida o muerte.

—Se estrellarán contra la atmósfera artificial —repuso el general Grove.

—Nuestro sistema defensivo ha sido desbordado.

—No lo comprendo. Usted nos dijo que...

—Los hombres de Zamok han conseguido introducir un comando que ha destruido las tres cuartas partes de los equipos encargados de inyectar los gases en la atmósfera. Esto les permite aumentar la capacidad ofensiva de sus astronaves de combate, hasta el punto de poder equipararlas con las nuestras.

—De todos modos, la pelota está en el tejado. Espero que tengan ustedes buenos estrategas, capaces de derrotar a sus adversarios.

—La sorpresa inicial ha dado una considerable ventaja a los atacantes. Varias de nuestras ciudades han sido conquistadas en una ofensiva relámpago y nuestras fuerzas se están batiendo en retirada.

—Espero que lleguemos a tiempo de tomar parte en la lucha —dijo Jesse.

—Sería un orgullo para todos nosotros poder participar en la lucha contra esos demonios —terció el profesor—. Eso sería una manera de saldar una parte de la deuda de gratitud que hemos contraído con ustedes.

—¿Se nos permitirá luchar? —preguntó Sandy.

—No tenemos derecho a ponerles a ustedes en peligro. El Estado Mayor me ordena que regresemos a la Tierra.

—Eso no lo conseguirá usted de nosotros, si no es por la fuerza —repuso el general—. Si se pierde Torca se puede dar por perdida la Tierra. Nuestra primera batalla la libraremos al lado de ustedes.

—No se nos puede negar nuestra participación —intervino Sandy—. Cuanto ha dicho el general es cierto.

Yarka miró emocionado a sus interlocutores y guardó silencio.

—Yo opino igual que lo han hecho mis amigos —aseguró el profesor—. ¿De qué nos serviría escapar ahora, si no habríamos de tardar en caer?

—Ya lo ves, Yarka —dijo Jesse—. Nuestro deseo es combatir y el no hacerlo es una tontería.

—Agradezco a todos esas generosas palabras —repuso Yarka—. Yo también quiero ocupar mi puesto junto a mis camaradas y me parecía horrible la idea de retirarme. ¡Lucharemos!

Las últimas palabras de Yarka hicieron vibrar de entusiasmo el corazón de los terrestres, los cuales abrazaron con efusión a su amigo.

—Espero que no se haya perdido todavía la posibilidad de conseguir una victoria.

—¡Lástima que no hubiese usted realizado este viaje un mes antes!—se lamentó el profesor.

—De cualquier modo que sea, un ejército no puede darse por perdido hasta estar cautivado totalmente —dijo el general Grove.

—Agradezco a todos, estas palabras de aliento —repuso Yarka—. Si hemos sido derrotados y ya nuestra presencia es inútil, al menos nos quedará el consuelo de haber intentado luchar.

—Entonces, ¿es posible que las noticias que has recibido puedan suponer una derrota total?

—Probablemente, no. Sin embargo el matiz de las conversaciones que he sostenido era muy angustioso.

Yarka volvió a prestar atención a la pequeña pantalla, donde comenzaban a desfilar nuevamente una serie de extraños signos.

—Estos signos son nuestro lenguaje secreto. Con ello pretendemos burlar la vigilancia que todos los receptores enemigos estarán ejerciendo sobre nuestras comunicaciones.

—¿Se trata de una simple clave o de un lenguaje completo? —preguntó el profesor, a quien la situación casi desesperada no había conseguido apagar su interés científico por todo cuanto veía.

—Es todo un lenguaje.

—Pero quizá ellos también lo conozcan —dijo Jesse—. Supongo que también disponen de un servicio de espionaje.

—Eso es cierto. Los hombres de Zamok procuran infiltrar sus elementos entre los nuestros, pero les es muy difícil actuar, ya que nuestro planeta está iluminado por el sol y sólo protegiéndose de gafas muy oscuras pueden soportar el brillo de esa luz'

—Pueden hacerse pasar por ciegos, como sucedió en mi finca.

—En Torca no hay ciegos. Aun los casos de ceguera por pérdida de la visión en un accidente, no existen. Nuestra cirugía ha conseguido el trasplante total del nervio óptico.

—Aun así, es difícil mantener durante mucho tiempo, el secreto de una clave, o de un lenguaje entero, si usted quiere —repuso el general—. El tiempo es el peor enemigo de todos los secretos.

—Nuestro lenguaje está constituido de tal forma que puede ser modificado infinitas veces, sin que desaparezca la base sobre la cual se ha

edificado. Cada cierto período de tiempo hacemos una de esas modificaciones, con lo cual aumentamos las dificultades de nuestros enemigos para desentrañarlo.

Uno de los ayudantes de Yarka había estado leyendo atentamente aquella escritura del espacio y dirigió la palabra a su jefe.

Durante unos segundos habló con gran rapidez y Yarka escuchó con atención.

—Nos informan desde Torca que debemos intentar el aterrizaje en la Tierra, y que un grupo de científicos de nuestro planeta se dirigirá a la misma, en cuanto sea posible, para prestar ayuda a los terrestres.

—Conteste usted —repuso el profesor— que también nosotros estamos dispuestos a prestarles nuestra modesta ayuda.

Yarka maniobró un pequeño pulsador que tenía a su izquierda y durante diez minutos se guardó un gran silencio en el interior de la cabina.

A los mensajes enviados por Yarka sucedían otros que se recibían desde Torca.

Por fin, Yarka se volvió hacia sus compañeros

—He conseguido convencerles. Nuestra astronave tomará tierra en Torca, con objeto de recoger al grupo de sabios que se dirigirá a la Tierra. Esas son las órdenes que tengo del Estado Mayor y la mejor manera de colaborar en esta batalla a vida o muerte.

Aquellas noticias sentaron como una ducha de agua fría al espíritu combativo de los terrestres, pero comprendieron que era imprescindible obedecer disciplinadamente.

Quizá el más afectado de todos fue Sandy, el cual había concebido la esperanza de ver nuevamente a Nioba.

—Las instrucciones que tengo son de intentar el aterrizaje por el cuadrante treinta y dos. Parece ser que es el único lugar donde todavía no ha llegado la flota aérea de nuestros enemigos.

Yarka, una vez dichas estas palabras, se dirigió a la cabina de pilotaje y tomo personalmente los mandos. Sólo él sabía que lo que iban a intentar era casi imposible.

CAPÍTULO VIII

Dos horas más duró lo que podría llamarse período pacífico de aquel vuelo.

Todos los terrestres pudieron lanzar la primera ojeada sobre Torca, por medio de los poderosos instrumentos ópticos de la astronave.

Los hombres de la tripulación habían ocupado sus puestos de combate, y se encontraban prestos para entrar en acción.

El sonriente Yarka se había transfigurado y aparecía adusto y sereno, como corresponde a un jefe militar en período de operaciones.

Algunas formaciones de aparatos enemigos fueron detectadas en las pantallas telescópicas y Yarka varió el rumbo de su navío sideral, al objeto de no tener un encuentro prematuro con sus adversarios.

En la medida que iban aproximándose al planeta atacado, se iba haciendo más peligroso el tránsito por aquellos espacios celestes, y sólo la gran habilidad y previsión de Yarka permitió eludir el peligro en una docena de ocasiones.

—Nos aproximamos a nuestro cuadrante de aterrizaje. Es probable que tengamos que combatir antes de tomar tierra.

—Dinos qué podemos hacer nosotros.

—Por el momento nada, Jesse. La dotación de mi aparato posee una gran experiencia y puedo fiar en ellos.

El profesor Holm miraba ansiosamente a través de unos miradores de la astronave, en su intento por localizar a simple vista algunas de las naves enemigas que había podido observar en la pantalla telescópica.

De pronto, vio algo en lontananza que le hizo soltar una exclamación.

—Observo un punto luminoso en la lejanía.

—Se trata de nuestro planeta —informó Yarka—. Desde esta distancia ya es visible a simple vista.

El punto luminoso se fue agrandando con gran rapidez, como si se dirigiese a toda velocidad hacia el aparato.

—¡Jamás he visto una comprobación más evidente de la Teoría de la Relatividad del Movimiento. Observe usted, general, cómo parece que ese punto del espacio se dirige hacia nosotros, cuando en realidad somos nosotros quienes nos dirigimos hacia él. Al no tener un sistema de referencia nos es imposible determinar nuestro propio movimiento. ¡Hay que reconocer que Einstein hizo un hermoso hallazgo!

La voz de Yarka cortó el entusiasmo del profesor al informar a los terrestres:

—Vamos a entrar en combate. Una escuadrilla enemiga se dirige hacia nosotros.

Jesse y Sandy, que habían aprendido a utilizar algunos de los aparatos del navío celeste, se precipitaron sobre la pantalla telescópica y comenzaron a explorar el espacio que les rodeaba.

Por el lado izquierdo avanzaba una formación de naves de Zamok, que constaría de unas diez unidades.

Lo que al principio fueron unos pequeños puntos iluminados por los inclinados rayos del sol, no tardaron en convertirse en diez poderosas astronaves de perfiles claramente definidos.

—Vienen hacia nosotros —murmuró el profesor, en cuyo radio de visión acababan de entrar los aviones enemigos.

En la inmensidad del espacio comenzó una terrible danza que ponía en juego la muerte y la vida.

Los aparatos adversarios atacaban al que capitaneaba Yarka, sin romper la formación cerrada.

Los rojos rayos destructores barrían el espacio, intentando conectar su terrible potencia con el navío de Yarka.

El valeroso jefe de la expedición manejaba personalmente los mandos y mostraba su extraordinaria pericia para zafarse de aquellos mensajes de muerte.

La velocidad y el sobrecogedor silencio en que se producía la batalla le daban un aire nunca visto.

Yarka igual hundía su aparato en un picado sobrecogedor, que se desviaba lateralmente, casi en ángulo recto, o ascendía a vertiginosa velocidad.

Jesse y Sandy rumiaban en silencio su impotencia.

—¡Si al menos pudiésemos hacer algo!

—Lo mejor que podemos hacer es no estorbar, Sandy —respondió Jesse—. Este tipo de lucha no se ha hecho para nosotros. Observa a los hombres de la tripulación: Nadie parece preocuparse del enemigo y sólo prestan atención a los aparatos que tienen ante sus ojos.

—¿Por qué no hacen funcionar las armas? Los hombres de Zamok intentan barrernos con sus demoledores rayos y nosotros nos limitamos a huir.

—Algo estará pensando Yarka.

—Quizá haya recibido órdenes de no luchar.

—El mismo nos ha dicho antes que era posible que entrásemos en acción. Si no responde al enemigo será porque conviene a sus planes.

Las naves de Zamok abandonaron, por fin, el orden cerrado, y se dispusieron a realizar un ataque envolvente.

Hasta aquél instante habían eludido el actuar de semejante manera, porque resultaba evidente el peligro de que se destruyesen entre sí con sus propias armas. El alcance de los rayos rojos era muy grande y podía barrer,

de pasada, a cualquiera de los aparatos atacantes.

Sin embargo, la gran habilidad de Yarka para zafarse del ataque había decidido a sus enemigos a actuar con mayor riesgo pero con más posibilidades de éxito.

—Todo el mundo preparado —dijo Yarka con voz serena—. Vamos a responder al fuego de nuestros adversarios.

Aquel era el momento que había estado esperando el jefe de la expedición.

Los aparatos enemigos evolucionaban a su alrededor, intentando envolverle en una infranqueable red de mortíferos rayos.

Yarka maniobró los mandos e inició un rápido picado, como si intentase escapar por la única brecha que se abría ante él.

La formación enemiga se precipitó en pos suyo, estrechando considerablemente el círculo.

Aquel era el momento esperado por Yarka.

—¡Fuego! —gritó.

Un blanquísimo destello, mil veces más potente que aquél que Jesse había visto en el combate desarrollado sobre la superficie de la Tierra, surgió de los cuatro puntos cardinales del avión interplanetario.

El deslumbrador fogonazo llegó hasta los aparatos adversarios, inundándolos con cegadora luz. Un segundo después se rompía la formación y las naves de Zamok comenzaban una danza infernal y desquiciada.

—¿Cómo es que ahora no han sido destruidos esos aparatos? —preguntó Jesse—. Un destello de menor intensidad acabó con más de doscientos aviones terrestres y la nave interplanetaria que atacó Washington.

—La naturaleza de esta descarga es distinta a la de aquella otra.

—¿Y cuál es esa diferencia?

—Ahora he pretendido simplemente deslumbrarlos. Los aparatos adversarios llevan la proa de una oscura materia plástica. El centellador que acabamos de accionar es un nuevo invento nuestro. Con él pretendemos vencer la protección de los tripulantes enemigos, para conseguir deslumbrarlos. Hasta hace muy poco tiempo no habíamos conseguido una intensidad suficiente como para ser eficaces. El hecho de que hayamos conseguido vencerles indica que todavía no han preparado sus aviones del espacio contra esta nueva arma.

Yarka accionó los mandos y la astronave abandonó el lugar donde se había producido la lucha, para dirigirse, velozmente hacia su punto de aterrizaje.

El vuelo sobre Torca impresionó vivamente a los terrestres.

Muchas ciudades aparecieron ante sus ojos y pudieron observar sobre

ellas los efectos de la agresión.

—El primer ataque debe haber sido terrible —dijo Jesse.

—Jamás creí que pudiese ver semejante cosa —suspiró Yarka—. Esos condenados han conseguido hacer un buen impacto en nuestra organización social.

Tras un breve vuelo alrededor del planeta, comenzaron a perder altura.

—No tardaremos en aterrizar.

La pantalla que recibía los mensajes hizo desfilar de nuevo una ininterrumpida serie de signos.

Yarka los fue traduciendo mentalmente y su rostro adquirió una palidez mortal.

—Acabo de recibir un mensaje, en el que se nos pide que aterricemos en la capital de Torca. Nuestro ejército ha sido rechazado y la mayoría de nuestra flota aérea destruida. La capital está sitiada y no hay forma de que escape nadie.

—¿Y es allí hacia donde nos dirigimos?

—Sí, general Grove. Nuestra misión es romper el cerco e intentar el salvamento de los miembros del Gran Consejo.

Poco después aparecía ante los ojos de todos la maravillosa ciudad que constituía el centro neurálgico de aquel planeta.

Un círculo de luz amoratada la rodeaba por completo e iba estrechándose lentamente.

—¿Ves eso, Sandy? ¿No te recuerda nada?

—¡El círculo que nos aprisionó en Zamok!

Los dos terrestres tenían experiencia sobre lo que significaba aquel muro luminoso que parecía estar suspendido a pocos centímetros del suelo. Cuando vivieron su gran aventura en Zamok se vieron aprisionados por un círculo semejante, del que era imposible escapar. Dos veces intentó Sandy aproximarse y las dos veces cayó al suelo sin conocimiento.

—Ya entiendo el sistema de estos hombres para cercar a una ciudad, Yarka. Ese muro luminoso se irá estrechando, dejando inconscientes a todos los habitantes.

—Así es, Jesse. Nosotros disponemos de los instrumentos necesarios para abrir una brecha en ese muro. La ciudad también los posee, pero los generadores se encuentran a unos kilómetros de la misma y deben haber sido destruidos por los comandos de Zamok.

—¡Oye, Jesse, mira a la otra parte del muro luminoso!

Jesse y Yarka dirigieron su mirada hacia el lugar indicado y pudieron ver a la infantería de Zamok que avanzaba lentamente, con las armas dispuestas, detrás de la cortina de violácea luz.

—Nuestro propósito de abrir una brecha tiene que ser abandonado. Ello no serviría más que para facilitar una gran matanza a nuestros enemigos.

—Quizá podamos aterrizar en el centro de la ciudad y llevar hasta nuestro aparato a los miembros del gran consejo.

—No tenemos otra solución —repuso Yarka. Por fortuna no hay naves aéreas enemigas por este sector.

—¿No te sorprende eso?

—No, Jesse. La cosa tiene su explicación: La capital de Torca es una ciudad abierta. Nuestras leyes prohíben el estacionamiento de fuerzas militares en el interior de la misma o en sus inmediaciones. Hubo un tiempo lejano en que el hacer lo contrario suponía un grave peligro para nuestras instituciones, y los cambios de gobierno solían suceder por la fuerza.

—Los hombres de Zamok lo saben y por ello dedican todo su potencial aéreo a combatir en otros lugares, ¿no es cierto?

—Así es, Jesse. La presencia de nuestro aparato será una verdadera sorpresa para las fuerzas de infantería. Debemos actuar muy aprisa porque no tardarán en reclamar la presencia de algunas naves que puedan combatirnos.

El avión interplanetario que comandaba Yarka descendió lentamente, hasta situarse a pocos metros del centro de la ciudad.

El espectáculo que se ofrecía a los ojos de los recién llegados no podía ser más desolador. La muchedumbre que habitaba la gran ciudad corría despavorida en todas direcciones, y en algunos sectores podían observarse pequeños grupos, enzarzados en una furiosa lucha.

—Las cosas no van demasiado bien ahí abajo —murmuró el general Grove.

—Al parecer, han conseguido introducirse algunos comandos en la ciudad —repuso Yarka—. Tendremos que combatir para abrirnos paso hasta la Residencia oficial del Gran Consejo.

Yarka llamó a todos los hombres de la tripulación y les dio las instrucciones necesarias.

—Dos de vosotros se quedarán al mando de la nave. Uno, encargado de tripularla y, el otro, dispuesto a accionar el ascensor de aire. Caso de sufrir un ataque de aparatos enemigos abandonaréis este lugar e intentaréis volver a él cada dos horas. Si pasadas veinticuatro no hemos conseguido regresar os incorporaréis al resto de nuestra flota aérea. Los otros diecisiete hombres de la tripulación saldrán conmigo dispuestos a abrirse paso hasta la Residencia oficial.

—No pensará usted dejarnos metidos en esta jaula —atajó el general Grove.

—No, general. Usted mandará un grupo de cinco hombres de mi tripulación. Jesse y Sandy, otros cinco, y yo, el resto.

—¿Y cuál es mi papel? —preguntó el profesor Holm.

Yarka lanzó una franca mirada al profesor y repuso:

—Usted permanecerá aquí.

—¡Protesto de esa arbitraria medida! ¡Yo también tengo derecho a sumar mis fuerzas a las de los demás!

—Sé que es usted un hombre valeroso, profesor. Pero el hacerle venir con nosotros sería tan descabellado como darle un fusil a un mariscal y llevarlo a la primera línea de fuego.

—Por una vez disiento totalmente de sus palabras. No soy tan viejo ni tan inútil como para permanecer con los brazos cruzados mientras ustedes se juegan la vida.

—No es eso, profesor. Usted puede ser tan valioso para nuestra causa que no me atrevo a arriesgar su vida. Quizá los últimos días de Torca han sonado. Si somos vencidos no tardará en caer la Tierra bajo el dominio de los conquistadores del espacio. Si el piloto que dejo al mando de esta nave, ve perdida la partida de incorporarse al resto de nuestras fuerzas aéreas, abandonará la lucha y se dirigirá hacia la Tierra. Usted es el único sabio terrestre que tiene una visión directa del potencial de nuestros enemigos y de la clase de medios que emplea. Su presencia, pues, en la Tierra, puede ser de incalculable valor para intentar hallar un medio eficaz que pueda frenar la acometida de los guerreros de Zamok. ¿No cree, profesor, que ese es su verdadero puesto de combate?

El breve discurso de Yarka fue tan convincente que el profesor tuvo que rendirse.

—Reconozco que es lo más sensato —dijo—. Soy un viejo que tiene el corazón joven, pero cuya fuerza reside en su cabeza y no en sus músculos. Esperaré aquí.

—Preparados para desembarcar —ordenó Yarka con acento sereno.

Uno de sus hombres abrió un pequeño armario y repartió armas a todos los expedicionarios.

—El general y Jesse ya conocen, sobre poco más o menos, los efectos de estas pequeñas pistolas. Haré una explicación general para nuestros aliados, terrestres, sobre la manera de hacerla funcionar.

El diminuto instrumento mortífero era de un manejo asombrosamente fácil. Jesse, Grove y Sandy no tardaron en imponerse en la cuestión y el audaz grupo se dispuso a tomar tierra.

—Situaos junto a mí —dijo Yarka, yendo a colocarse a pocos metros de distancia de la escotilla que acababa de ser abierta.

Un hueco cilíndrico se abría sobre sus cabezas, del cual comenzó a salir una suave corriente de aire. Este era canalizado, por un procedimiento que ignoraban los terrestres, hacia el boquete de salida. La corriente de aire chocó con el suelo y retrocedió por el mismo camino, creando unas corrientes de convección, las cuales suspendieron en el aire a Yarka y sus

amigos y los trasladaron majestuosamente, depositándolos en el suelo.

En pocos minutos estuvo el resto de la tripulación a su lado y se dispusieron a emprender la marcha.

—La Residencia oficial se halla situada a unos doscientos metros de este lugar —informó Yarka—. Avanzaremos juntos hasta llegar a la misma. Si allí tuviésemos que combatir nos dividiremos en tres grupos y actuaremos por separado. Nuestra única misión es rescatar a los miembros del Gran Consejo.

Algunos ciudadanos habían observado la maniobra del desembarco aéreo y asaltaban a preguntas a los hombres de la tripulación.

Yarka se dirigió en su idioma al grupo de seres que le rodeaba y los convenció para que fuesen a refugiarse en los edificios.

Una vez conseguido esto dio la orden de marcha.

Con paso rápido se dirigieron hacia la Residencia oficial.

—Si me veo obligado a actuar independientemente, ¿cómo conseguiré hacerme entender por mis hombres? —preguntó el general Grove?

—Todos ellos hablan inglés o lo entienden, por lo menos. No tendrá usted ninguna dificultad en ello, general.

Algunos grupos de ciudadanos atravesaban las calles corriendo y se veía el firme propósito de hacer frente a los enemigos que actuaban en el corazón mismo de la ciudad.

De pocas armas podían disponer, pero aun así estaban decididos a combatir para no ser una presa fácil de los feroces hombres de Zamok.

Cuando el grupo expedicionario llegó a las inmediaciones de la Residencia oficial se encontró con la primera partida de enemigos. Tres hombres vestidos con el uniforme de los soldados de Zamok desembocaron por una calleja lateral y requirieron con precipitación sus armas.

Yarka, el cual encabezaba el grupo, reaccionó más rápidamente y consiguió disparar su pistola. El deslumbrante fogonazo tocó de lleno a los tres adversarios y el camino quedó libre en menos de medio segundo.

—Observo un centelleo incesante detrás de esos edificios que tenemos frente a nosotros —dijo Jesse.

—Ahí se encuentra la Residencia oficial —repuso Yarka—. Algún comando de Zamok está intentando asaltarla. Ahora debemos separarnos y nos aproximaremos por distintos lugares. Mis hombres conocen estas calles y guiarán tu grupo y el del general.

Yarka dio unas cuantas órdenes a los miembros de su tripulación y rápidamente se dividieron en tres grupos que, introduciéndose por las calles laterales, avanzaron hacia la Residencia oficial.

Jesse y sus cinco combatientes se metieron por una estrecha calle que, afortunadamente, se hallaba en completa soledad.

Durante unos minutos caminaron en silencio, con la vista fija en el

extremo opuesto de la calle y las armas prestas para entrar en acción. Luego torcieron hacia la izquierda y pudieron divisar el enorme edificio de piedra azulada que constituía la Residencia oficial del Gran Consejo.

Habían ido a desembocar a un acceso posterior de la misma, donde un grupo formado por catorce o quince hombres de Zamok respondía al débil fuego que se les hacía desde las ventanas.

Jesse alentó con un gesto a sus hombres y se dispusieron a entrar en acción.

Alguien se dio cuenta de su presencia y un agudo silbido taladró el aire de la noche, mientras un rojizo haz luminoso se dirigía hacia los recién llegados.

Uno de los hombres que capitaneaba Jesse fue alcanzado de pleno y ardió como una pavesa humana, en el breve intervalo de un par de segundos.

—¡Fuego! —ordenó Jesse.

Las pequeñas pistolas emitieron sus blancos fogonazos y ocho o nueve enemigos cayeron fulminados instantáneamente.

La calle estaba medianamente iluminada y al poderoso resplandor sucedió una oscuridad casi absoluta, por los efectos del deslumbramiento.

En los breves instantes que duró el resplandeciente fogonazo, Jesse se pudo percatar de que los soldados de Zamok iban provistos de una especie de escafandra de color azul oscuro, la cual recubría totalmente sus cabezas y se conectaba con la parte superior de su uniforme.

Sin duda alguna se trataba de la protección para sus débiles ojos, incapaces de soportar la cegadora luz.

—¡Vamos a ellos, muchachos! —ordenó Jesse.

El grupo obedeció instantáneamente la orden y se lanzó casi a ciegas hacia la posición que ocupaban sus adversarios.

Jesse tropezó con alguien y pudo escuchar una especie de imprecación, proferida en un extraño idioma.

Sin detenerse a pensarlo más asió con la mano izquierda el cuello de su adversario y golpeó fuertemente con la derecha en su estómago.

El hombre lanzó un pequeño grito y Jesse repitió el golpe, derribándolo al suelo.

Durante el breve instante que duró el resplandor de sus armas había observado una pequeña puerta hacia la izquierda y hacia ella encaminó sus pasos.

Consiguió localizarla a tientas y comprobó que estaba cerrada herméticamente. Su vacilación sólo duró un segundo. Retrocedió unos pasos y disparó su pistola sobre aquel obstáculo. La puerta se volatilizó, dándole entrada al interior del edificio.

A la luz del fogonazo sus hombres consiguieron localizar a los

enemigos y disparar contra ellos sus armas.

—¡Por aquí! —gritó Jesse.

En frenético tropel se introdujeron en el edificio y comenzaron a subir por una escalera que conducía al piso superior. Dos hombres aparecieron en el primer rellano y apuntaron con sus armas a los intrusos, pero una voz dada por uno de los miembros del grupo, dándose a conocer, les hizo deponer su actitud.

En rápidas zancadas llegaron hasta el rellano y fueron conducidos por aquellos dos hombres hasta una habitación central, perfectamente iluminada.

Dos seres permanecían en el interior de la misma.

—¡Nioba! —gritó Jesse.

La hermosa joven volvió la cabeza y sus ojos expresaron la profunda alegría que sentía al ver a su amigo.

—¡Jesse! —gritó la muchacha.

Sus manos se entrelazaron en un afectuoso saludo y guardaron silencio durante un par de segundos. Luego, Nioba preguntó.

—¿Y Sandy ?

La angustia que había puesto en aquella pregunta indicaba claramente cuáles eran los sentimientos que la animaban hacia su amigo.

—En este momento está intentando llegar hasta aquí —repuso Jesse.

—Padre, te presento a uno de los hombres de los que tanto te he hablado —dijo la muchacha.

El anciano que la acompañaba avanzó unos pasos y estrechó la mano de Jesse.

—Siento darle la bienvenida en tan desdichadas circunstancias. Mi pueblo se ve azotado por la invasión de Zamok y nada podemos ofrecer a los enviados de la Tierra, aparte de nuestro afecto, si no es esta desolación que nos invade.

Las breves palabras del anciano habían conmovido a Jesse y apenas si encontró palabras para responder.

—El afecto del corazón de un ser humano es más importante y tiene más fuerza que el odio de un millón de corazones. No me arrepiento de haber llegado hasta aquí para tener el honor de estrechar su mano.

En aquel momento se oyó un rumor de pasos precipitados que venían de la entrada principal del edificio y Jesse y sus hombres salieron a enfrentarse con los posibles enemigos.

—¡Les hemos dado una buena paliza! —oyó Jesse exclamar a la inconfundible voz del general Grove.

Por fortuna, no eran enemigos, sino aliados, los que llegaban.

Los grupos de Yarka y el general Grove habían derrotado a sus enemigos y se dirigían hacia el salón central.

Cuando se encontraron con Jesse lanzaron una exclamación de alegría.

—¡Gracias a Dios que te veo vivo! —murmuró Sandy.

—Pasa al interior de ese salón y aún tendrás mayores motivos para dar las gracias a Dios.

Sandy comprendió la intención de las palabras de su amigo y un segundo después estrechaba entre sus brazos a Nioba.

—¡Nioba, Nioba! ¡Amor mío!

La muchacha había sido ganada por la emoción y gruesas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¡Oh, Sandy! ¡Cuánta zozobra he sufrido! ¡Cuánto he deseado verte!

—¡Yarka! —exclamó el anciano.

—¡Lobek! ¿Qué ha sucedido?

Los dos hombres se estrecharon en un afectuoso abrazo y Lobek hizo un sucinto relato de los últimos acontecimientos.

—Zamok nos ha ganado la partida.

—¿Y el Gran Consejo?

—De él no queda nadie más que yo —dijo el anciano—. Un comando de Zamok consiguió asesinar a la mayoría de sus miembros y otros fueron hechos, prisioneros. Yo me encontraba visitando la zona ecuatorial de nuestro planeta y ello me libró de la muerte.

—¿Cuál es la situación militar?

—De completa derrota —repuso Lobek, el cual hacía un desesperado esfuerzo por no dejar que las lágrimas brotasen de sus ojos—. Apenas hace una hora he recibido la última comunicación del jefe de nuestro Estado mayor. Casi toda nuestra flota aérea ha sido destruida y la invasión de nuestro planeta es un hecho. Ya no nos queda otra cosa que hacer, que esperar la muerte a manos de nuestros verdugos.

—¡Eso no sucederá mientras nosotros vivamos! —repuso Jesse—. La nave interplanetaria de Yarka se encuentra a pocos metros de aquí y puede conducirnos hacia la Tierra.

Lobek mostró una cierta vacilación en su mirada, que Yarka cortó con razonables palabras.

—Recibí una orden del jefe de Estado mayor para que viniese aquí a recoger a los miembros que quedasen del Gran Consejo y pienso cumplirla. La Tierra no dispone de nuestros adelantos científicos, pero hay abundantes materiales y hombres capacitados para asimilar nuestros conocimientos con rapidez. Tú, Lobek, eres necesario allí para orientar los trabajos que permitan a los terrestres hacer frente a los ambiciosos hombres de Zamok.

—Sí, padre —intervino Nioba—. No podemos permitir que nuestros crueles invasores realicen con la Tierra lo mismo que han hecho con nosotros.

—Creo que es lo más razonable —murmuró el anciano—. Vámonos

pues, hijos míos.

Yarka dio unas cuantas órdenes enérgicas a sus hombres y no tardaron todos en encontrarse en las calles semi iluminadas de la ciudad.

En el camino hasta la nave interplanetaria no encontraron a ningún enemigo y consiguieron llegar felizmente.

El ascensor de aire se puso en movimiento y poco después eran trasladados al interior.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó anhelante el profesor Holm.

—Una derrota en toda la línea —repuso Jesse—. El único que ha conseguido rescatar algo ha sido Sandy —sonrió amargamente nuestro amigo.

El profesor dirigió la mirada hacia el grupo formado por Sandy y Nioba y sonrió complacido.

—Mientras todavía pueda salvarse el amor no puede estar todo perdido —sentenció.

—Vamos a iniciar nuestro viaje de retorno a la Tierra —informó Yarka.

—Hagámoslo cuanto antes —repuso el profesor, mientras los demás se iban acomodando en el interior de la astronave—. He tenido bastante tiempo para pensar y creo que les podemos preparar una buena jugarreta a esos demonios de Zamok, si es que se atreven a intentar invadir la Tierra.

Todos miraron sorprendidos al profesor Holm, pero éste guardó silencio.

El aparato se fue remontando y, poco después, hacía rumbo a la Tierra.

CAPÍTULO IX

Hacía veinte días que los expedicionarios llegaron felizmente a la Tierra.

Todos los gobiernos de la misma se habían unido en un poderoso esfuerzo para aprestarse a la defensa y la humanidad entera trabajaba a ritmo acelerado.

El profesor Holm había reunido junto a sí a un gran grupo de sabios que, con el asesoramiento de Lobek, habían puesto en marcha poderosas organizaciones industriales en diversos puntos de la Tierra.

Jesse y Sandy trabajaban infatigablemente en las mil tareas que se les encomendaban, como auxiliares inmediatos del profesor Holm. En aquellos momentos se hallaban reunidos bajo la presidencia del triunvirato elegido para dirigir la defensa de la Tierra. El presidente de los Estados Unidos, el jefe del gobierno de Francia y el primer ministro sueco habían sido los designados para constituir este triunvirato.

Durante varias horas habían estado discutiendo las múltiples cuestiones que afectaban al inminente problema que les acuciaba.

—¿Cómo está el dispositivo en Alemania? —preguntaba en aquel instante el presidente.

—Apenas hace un par de horas que he estado revisando los trabajos allí —respondió Jesse—. El profesor Kurtz ha realizado una labor admirable al frente de su equipo. Las fábricas de proyectiles han producido una considerable cantidad de cohetes teledirigidos, de gran radio de acción. También hay un aprovisionamiento de lámparas suficiente para aquella zona. Lo mismo puedo decir de Francia y de España, cuya reciente industrialización está dando unos frutos magníficos.

—¿Y nuestras propias fábricas?

Esta vez fue Sandy el encargado de contestar.

—La dotación para este hemisferio ha sido alcanzada cumplidamente.

—Yo me inclino a pensar —intervino el general Grove— que el ataque se producirá sobre nuestro territorio. Los hombres de Zamok conocen nuestro potencial e intentarán asestar su primer golpe a nuestro país.

—Dios quiera que suceda así —dijo el profesor Holm—. El dispositivo de defensa que hemos ideado tiene más posibilidades de éxito en nuestro territorio que en ningún otro lugar de la Tierra.

—¿Cree usted que será eficaz? —preguntó el delegado francés.

Fue Lobek el que contestó a esta pregunta.

—La idea del profesor Holm ha sido sencillamente genial. Si nosotros no hubiésemos fiado todo nuestro sistema defensivo a la potencialización

de la atmósfera, quizá habríamos dado con algo semejante y no padeceríamos en estos momentos el yugo de los invasores. Conozco la constitución física de los hombres de Zamok y sé que no podrán resistir esta prueba.

—Pero sus aparatos van provistos de una protección contra el deslumbramiento, según ustedes nos han explicado —insistió el francés.

—Toda la parte de proa es de un material plástico, trasparente, pero de color muy oscuro. Ese material está calculado para los efectos luminosos corrientes, pero no para unos tan poderosos como los que vamos a utilizar.

—Las lámparas de mercurio, de baja presión —intervino el profesor—, no son un invento de nuestro tiempo. Hace ya mucho tiempo que se conocen en la Tierra. Como indicador de su potencia les diré lo siguiente: ya en el año 1948 se consiguió fabricar una lámpara de estas en una pequeña localidad de Holanda, donde existía una importante fábrica de material eléctrico, que abastecía a todo el mundo de innumerables productos relacionados con la electricidad. El poder luminoso de aquella lámpara era tal que, encendida, permitía leer el periódico a 10.000 kilómetros de distancia. Aquello era un producto de laboratorio que jamás tuvo una aplicación práctica. Ahora ha llegado el momento de que rinda un servicio útil a la humanidad.

—Hemos perfeccionado estas lámparas y disponemos de una abundante cantidad de ellas. Cuando vi que Yarka se deshacía de sus enemigos, mediante el resplandor producido por una de sus armas, pensé en la posibilidad de que aquel truco pudiese alcanzar proporciones mucho mayores. Entonces se vio Yarka precisado a dejar que se le aproximasen mucho los navíos interestelares enemigos, y la cosa tuvo el carácter de una jugarreta de hombre experimentado en la lucha. Nosotros intentamos reproducir ahora en gran escala aquellos efectos. Si Dios nos ayuda, conseguiremos derrotar a nuestros enemigos.

Las palabras del profesor Holm consiguieron impresionar favorablemente a todos los reunidos.

De pronto, Jesse hizo un signo con la mano imponiendo silencio. Cerró los ojos y pareció concentrarse profundamente. Cuando volvió a abrirlos el color de su cara se había demudado.

—En este momento, me comunica Yarka, que una poderosa flota sideral, constituida por la mayor parte de los efectivos de Zamok se dirige hacia la Tierra. Al parecer llevan intención de abordarnos por este hemisferio.

Aquellas palabras causaron una gran excitación, no exenta de extrañeza.

—¿Cómo dice usted que acaba de recibir un mensaje si no se ha movido de su sitio? —preguntó el ministro sueco.

Jesse sacó un pequeño objeto de su oído derecho y lo mostró en la palma de la mano.

—Es este maravilloso aparato el que me ha transmitido el mensaje. Estoy en constante comunicación con Yarka, cuyo navío del espacio se encuentra a unos millones de kilómetros de la Tierra. Él es nuestro centinela avanzado, en la misión de comunicarnos la proximidad de las naves adversarias.

—Entonces no podemos perder aquí más tiempo —dijo el profesor Holm—. ¡Ha llegado el momento de que pongamos a prueba nuestro sistema de defensa!

La reunión quedó disuelta y todos los miembros que la componían se dirigieron hacia la parte posterior del edificio donde se celebraba la conferencia, situado en un recóndito lugar de las montañas Rocosas. Un grupo de helicópteros supersónicos esperaba con los motores en marcha.

Aquellos hombres, de los cuales dependía el futuro del mundo, se introdujeron en los helicópteros y éstos emprendieron su veloz vuelo.

En pocos minutos llegaron hasta un escondido lugar, en el cañón del Colorado, donde se había montado en pocos días el dispositivo de lanzamiento de los cohetes.

Una febril y ordenada actividad reinaba en aquel campamento.

Las plataformas lanzadoras se hallaban dispuestas. Cada una de ellas impulsaría a diez cohetes, portadores de otras tantas lámparas de mercurio, de baja presión.

Apenas aterrizaron, el profesor Holm y sus colaboradores comenzaron a impartir las órdenes necesarias para poner en marcha el dispositivo. Luego esperaron.

Las horas fueron pasando angustiosamente y al día sucedió la noche.

Los mensajes de Yarka se sucedían casi sin interrupción, reseñando la posición exacta de la flota enemiga.

Las pantallas de súper radar consiguieron localizarla y el profesor Holm comenzó a dar las cifras exactas sobre los ángulos en que debían ser disparados los cohetes.

—¿A qué distancia se encuentran? —preguntó a uno de sus colaboradores.

—A unos 200.000 kilómetros —fue la respuesta.

—El contacto con nuestra atmósfera se producirá dentro de breves segundos. Entonces aminorarán la marcha.

El profesor hizo unos cálculos rápidamente y dio las últimas cifras a sus colaboradores. Luego ordenó:

—Plataformas de lanzamiento del uno al cinco harán la primera descarga. Los otros nueve grupos intervendrán según mis instrucciones.

—En esté momento entran en contacto con nuestra atmósfera. La flota

enemiga se halla a unos 1.200 kilómetros sobre nuestras cabezas.

El profesor miró detenidamente un aparato que tenía ante sí y dijo:

—Preparadas plataformas uno al cinco.

—Preparadas —contestó el científico encargado de aquel servicio.

—¡Fuego! —bramó el profesor.

Un botón fue pulsado por el jefe de tiro y los cohetes se encendieron, saliendo disparados hacia el espacio.

El profesor Holm manejaba un delicado aparato, mezcla de radar y cerebro electrónico, que encendería las lámparas de mercurio en el momento oportuno. Por fin bajó una pequeña palanca y sucedió algo que asombró a todos.

La noche fue despejada violentamente y una vivísima luz descendió de las alturas, iluminando por completo el continente americano.

—Plataformas cinco al diez, preparadas.

—Preparadas.

—¡Fuego!

Aún no se había extinguido el fulgor de las primeras lámparas que habían entrado en acción cuando ya los cohetes teledirigidos cruzaban el espacio a gran velocidad.

Jesse y Sandy miraban emocionados la iluminada bóveda celeste y pudieron observar el brillo centelleante de miles de pequeños puntos.

—Aquello son las naves de Zamok, Sandy.

La oscuridad se hizo de nuevo, pero fue tan sólo por un par de segundos. Los nuevos cohetes habían llegado a su destino y el profesor Holm volvió a accionar la pequeña palanca.

Un nuevo fogonazo esplendente volvió a despejar las tinieblas iluminando la bóveda celeste en una extensión de centenares de miles de kilómetros.

Durante quince minutos continuó aquel monumental centelleo. Las plataformas de lanzamiento iban entrando en acción en forma ininterrumpida, hasta que fueron lanzados todos los cohetes.

—Mi misión está cumplida —dijo el profesor Holm al cabo de este tiempo—. Dios quiera que nuestra acción haya surtido los efectos necesarios. Ahora ya no podemos hacer nada más.

Aquellas palabras fueron acogidas con gran silencio.

Ahora, el tiempo se encargaría de despejar el interrogante.

CAPÍTULO X

Lucille y Jesse caminaban por las afueras de la ciudad de Washington.

El experimento de los terrestres había alcanzado un pleno éxito y la flota invasora había sido destruida.

Cegados sus tripulantes por la vivísima luz de las lámparas de mercurio, de baja presión, habían perdido el gobierno de las mismas y muchas de ellas vinieron a estrellarse contra la Tierra, cuando no se desintegraban en violentas colisiones entre ellas mismas.

—Todo ha pasado como una terrible pesadilla —murmuró Lucille.

—Todavía flota una amenaza en el aire —dijo Jesse—. Los hombres de Zamok han conquistado a Torca y no cejarán en su empeño de atacarnos.

—Pero habrán de pasar muchos años antes de que eso suceda —respondió la muchacha.

—Espero que, mientras tanto, habremos conseguido encontrar los medios para derrotarlos nuevamente.

—¿No te parece que hablemos de nosotros, ahora que ha pasado lo peor?

—Me casaré cuando tú quieras —sonrió Jesse.

Los dos enamorados dirigieron su mirada hacia las ruinas de la ciudad. Poco a poco comenzaba a recuperarse, como un símbolo de lo que podía ser el futuro.

Al torcer por una calle semiderruida se encontraron con Sandy y Nioba, los cuales se habían detenido en su paseo y se arrullaban tiernamente.

Jesse iba a romper el encanto de la escena, llamando la atención de sus dos amigos, cuando Lucille le detuvo con un gesto.

—¿No crees que se lo han ganado? —murmuró la muchacha—. ¿Para qué molestarles?

Jesse miró a su amada y sonrío.

—Creo que tú también te lo has ganado.

Abrazó tiernamente a Lucille y depositó en sus labios un beso apasionado.

FIN

ÍNDICE

COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas. *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—Divisíón equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White*
36.—La guerra verde. *George H. White.*
37.—Amenaza latente. *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H White*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*

59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent num. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*

»El coronel Raymond Yoke, impasible, se encaró con el micrófono de órdenes y habló por él. Su voz clara, nítida, sin sombra de ansiedad siquiera, salió de su boca con pasmosa serenidad:

—«Preparados para abandonar el cohete —dijo—. Tiempo tope, cincuenta y cinco segundos...

SITUACION DESESPERADA

No se equivocaba el coronel, desde luego. La situación, como acababa de comunicar a sus hombres, habíase hecho desesperada.

No apurada, difícil o complicada. Desesperada.

SITUACION DESESPERADA

Sin la menor probabilidad de salvación. Las posibilidades de conservar la vida se habían esfumado de un golpe. De un sencillo golpe: De un golpe de luz.

SITUACION DESESPERADA

POR

C. AUBREY RICE

se publicará en el siguiente número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* ***6*** *pesetas.*

Notas

[←1]

Véase **«Más allá de Plutón»**, Luchadores del Espacio 109, del mismo autor.